LA PAZ DE LA ALDEA!...

COMEDIA EN CINCO ACTOS

ACOMODADA Á NUESTRA ESCENA

POR

D. NARCISO DE LA ESCOSURA.

MADRID:
ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA,
CALDERON DE LA BARCA, 4.
1866.

LA PAZ DE LA ALDEA!...

LIBRERIA DE GUESTA
CARRETAS 9 MADRID

La propiedad de esta obra pertenece á D. Eduardo Hidalgo, quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente sin su permiso.

Los Corresponsales y agentes de la *Administracion Lírico-dramática* son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todas las poblaciones del reino.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

Á LOS DIRECTORES DE ESCENA.

Para facilitar la ejecucion de esta comedia en teatros en que la falta de personal haga difícil ó imposible su representacion, y atendida la premura con que suelen ponerse en escena las producciones que han tenido gran éxito en la córte, pueden los Directores atenerse á las observaciones que siguen, las cuales disminuyen notablemente el número de actores necesarios, sin perjuicio de la obra.

La comedia, en tal caso, puede empezar en la escena 4.ª, suprimiéndose en consecuencia las dos lavanderas que hablan y las dos de acompañamiento.

Esta misma escena se puede atajar, cortándola desde la página 10, donde dice MARIANA. *Y vaya si la ha puesto usted bonita.* D. MODESTO. *Buenos cuartos me ha costado*, (al pie de la página 11 donde dice MARIANA Digo: *Y ya que acabé mi jabonado, etc.*

La escena 8.ª puede atajarse, página 21 dice el BARON: *Son todos hortelanos y de esa variedad estoy hablando.* Se ataja hasta pie de la relacion.

En la página 22 dice el BARON: *Á traer de Madrid cuanto necesito.* (Atajo al pie.)

En la misma página y siguiente dice el BARON: *Una de las mas modernas que encargué á Madrid*, de cuyas resultas me declaró la guerra otro nuevo grupo, uniéndose á la alta banca. (Esto en vez de toda la relacion.)

En la misma página 23 dice el BARON: *El cuadrante solar que hay en la Torre de la Iglesia* (atajo), pues eso me ha indispuesto con la junta de *fábrica que no me perdona, etc.*

Se suprime el acto 2.°

Al terminar el acto 1.° salen don Judas y el tio Hilarion.

D. Judas é Hilarion al ver salir á Onofre del agua, dicen: «¿Qué es eso?»

Onofre. Que me acabo de dar un remojon.

Judas. Vaya, pues anda á ponerte tu vestido para el paloteo, y despues, etc. Sigue página 37 al fin.

En la página 41 al fin, dice D. Judas «*Y se escapó?*»

Onofre. Pero hace un momento que le he visto aquí. Y sigue hasta el fin de la escena 4.ª

Donde se quiera poner la danza, se va al principio de la escena 6.ª, página 44, y sigue hasta el final, que, en tal caso, lo es del 1.er acto, puesto que ha desaparecido el 2.º

El acto 3.º pasa á ser 2.º, y así los otros dos siguientes.

Si se suprime, por imposible, la danza, no se dice en la escena 6.ª mas que, donde empieza D. Judas: *Silencio ahora... Y como aquellos*, etc., hasta el final.

Como se vé, quedan solo tres mujeres, suprimiéndose muchos hombres.

En el acto 3.º pueden hacerse prudentes atajos en las relaciones del *Baron.*

En caso de la supresion del acto 2.º, deben hacerse todos los atajos indicados, para que el acto 1.º no resulte interminable.

En los actos 4.º y 5.º, no puede suprimirse nada absolutamente para la inteligencia de la comedia.

LA PAZ DE LA ALDEA!...

COMEDIA EN CINCO ACTOS

ACOMODADA Á NUESTRA ESCENA

POR

DON NARCISO DE LA ESCOSURA.

Representada por primera vez en el teatro del Príncipe el dia 7 de Diciembre de 1866.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1866.

713253

PERSONAS.	ACTORES.
PAULINA, mujer del Baron.....	Doña Felipa Diaz.
CLARA, su hermana.....	Cándida Dardalla.
MARIANA, hija del guarda.....	Matilde Serrano.
TECLA, mujer del Barbero.....	Dolores Escobar.
GILA, hija de Onofre.....	Filomena Riquelme.
BONIFACIA. } Aldeanas..... {	Adela Cuerrero.
JULIANA.... } Aldeanas..... {	Paulina Muñoz.
EL BARON DEL PARQUE, alcalde del lugar.....	D. Antonio Pizarroso.
DON MODESTO REVILLA, vecino del mismo.....	José Alisedo.
ENRIQUE, su hijo.....	Antonio Zamora.
DON JUDAS, boticario.....	Calisto Boldun.
DON CIRIACO, regidor.....	Luis Ponzano.
EL COMISARIO DE POLICIA.. .	Benito Pardiñas.
ONOFRE, hortelano.....	José Garcia.
HILARION, tendero.....	Serafin Garcia.
GREGORIO, guarda.....	Nicolás Pasca.
ISIDORO, jardinero de D. Modesto.	Juan Lopez Ruiz.
EL BARBERO.....	Francisco Pardo.
EL MÉDICO.....	Pedro Diaz.
BIBIANO, soldado licenciado.....	Antonio Riquelme.
EL MANCEBO DEL BARBERO...	Manuel Córcoles.
ISABELO. } Aldeanos..... {	Julian Castro.
JORGE... } Aldeanos..... {	Emilio Ruiz.
RUPERTO, hijo de Gregorio.....	Julio Menchaca.
JUAN, criado del Baron.....	Virgilio Zaragozano.
EL SECRETARIO DEL COMISARIO.....	N. N.

La escena pasa en un lugar inmediato á Madrid.

ACTO PRIMERO.

Campo; á la derecha del lavadero de la aldea con su cobertizo, bancas, paletas, etc. El agua del lavadero, que se supone entrar en él por el primer bastidor de la derecha, vierte en un arroyo, que se prolonga por el foro del teatro, rodeando, por entre juncos, rosales y otras matas altas, el terrado de un jardin, mas elevado que el piso del escenario. Á la izquierda un puentecillo de madera. La escena recibe la sombra de los grandes árboles del jardin, que hacen de aquel sitio una fresca y deliciosa mansion. La accion empieza al amanecer.

ESCENA PRIMERA.

BONIFACIA, JULIANA, y otras dos LAVANDERAS que no hablan, aparecen en el lavadero jabonando, etc.

BONIF. Lo cual no quita para que sea mejor ogaño.

JUL. Te veo! Y por qué ha de ser mejor la funcion que el año pasado?

BONIF. Sin ir mas lejos, por los fuegos... ¿No habeis visto el cacho de rueda que han puesto en la plaza? Un sol, ú como le llaman.

JUL. Eso es lo que fué á comprar á Madrí el hijo de la tia Romualda, el artillero.

BONIF. Y dicen que le ha costao cuatrocientos reales á don Judas el boticario.

JUL. Qué barbaridá! ¿Y por qué no paga el ayuntamiento?

BONIF. Porque don Judas está picao... Como el alcalde ha regalao una bomba pa los inciendios...

JUL. Ya lo entiendo; y el boticario se quema, porque no es alcalde!...

BONIF. Pa eso el otro es Baron y tiene usia... y ha sido melitar...

JUL. Ya lo creo... coronel de á caballo.

BONIF. Si le hubieras tú visto hace veinte años, vestido de uniforme... Vaya si estaba hecho un mozo... allá en tiempo de su primera difunta. (Dios me lo perdone.)

JUL. No, pues á la que tiene ahora, ya se la puede echar un requiebro... y bien jóven que es...

BONIF. El probe señor... por no vivir solo, como suele decirse... Y bien rico que es... porque entadia no es viejo... vamos al decir.

ESCENA II.

DICHAS, GILA, con su talego de ropa.

GILA. (Sale por la izquierda.) ¡Ole!...ya estais lavando vosotras?

BONIF. Qué tarde viene la Gila!...

JUL. Se te han pegao las sábanas?

GILA. Como es dia de fiesta en el lugar... no hay que darse prisa... si fuera pa comprar un manteo nuevo pa el baile...

JUL. Qué, tambien tú quieres ir al baile?

GILA. (Remangándose para lavar.) No... si el baile es pa tí... Juliana.

BONIF. ¡Miste el arrapiezo!... no harás tú mal papel... de estraza!... Las chicas se acuestan á la oracion.

JUL. Dejelasté, tia Bonifacia, que esta ya sabe donde la aprieta el zapato.

GILA. ¿Por qué lo dices, Juliana?

JUL. ¿Qué, no te vide yo el otro dia con el artillero?

GILA. ¿Quiá!... el que me enseña á mí á valsear es el hijo del tio Sidrico.

BONIF. Como yo fuera tu padre... lástima de azotes!... misté ahora, valsear... la señorita!...

GILA. Ya lo güelo... To eso es porque los mozos no quieren ya bailar con ella!

BONIF. Lo que tú andas buscando, es que yo te peine...

GILA. Miá, Juliana... Que avisen á la pirroquia, que se ha indispuesto la señá Bonifacia...

JUL. Vamos... no hay que regañar.

ESCENA III.

DICHAS, MARIANA.

MAR. ¡Santos y buenos!...

BONIF. Buenos te los dé Dios, Mariana.

MAR. ¡Cuánta gente lavando! ¿Cómo va, tia Bonifacia?

BONIF. Bien, sobrina; y tú? tan gorda?...

MAR. Ya usté ve... (Remangándose.)

BONIF. Buen brazo.

GILA. Ya vemos... por eso los enseña á menudo.

BONIF. La que lo tiene lo gasta. Pa eso tú... por mucho que los enseñes... seguro está que naide los vea!

MAR. ¿Quién ha visto los vestidos nuevos que les ha regalao el señor alcalde á los danzantes? Vaya unas plumas!...

JUL. Amiga... este alcalde en todo está...

BONIF. Mucho gasta con el pueblo!...

GILA. Por mucho que gaste, por eso no se ha de arruinar... Como dice mi padre... Si no gastara mas con su mujer!...

JUL. Pues hace bien. Y vaya un sombrero de lujo que llevaba el otro dia!

GILA. Pues doña Clara, la hermanita, tambien gasta que es una compasion...

MAR. Ea, basta ya de la señora Baronesa y de la señorita Clara... Entiendes?

GILA. Como es la hija del guarda de en cá el Baron...

MAR. (En pie, yendo á la izquierda á tender la ropa.) Cabalito.

GILA. Y por cierto que guarda bien tu padre... Dígalo esta noche, que volvió el mio á casa asombrao de lo que habia visto en cá el alcalde.

MAR. ¿Y qué es lo que vió el tio Onofre?

GILA. Se andaba paseando por aquí á eso de media noche...

MAR. ¡No tienes tú mal paseo!... Atisbando á ver si se podia colar en la huerta para quitarle al Baron algunas coliflores y llevarlas á Madrid á vender con sus zanahorias...

GILA. Quié usté callar!...

MAR. Lo que tiene es que no quiere que le pille mi padre... No, pues como le llegue á atrapar!...

GILA. (De pie en el proscenio con una pieza de ropa en la mano.) Mejor haria tu padre en atrapar al jóven que se andaba paseando anoche por vuestro jardin.

MAR. ¿Á un joven?

GILA. Digo! y que saltó el arroyo pa escaparse por ahí... y se cayó sobre mi padre... y buena patada que le dió!... como que le tiró al agua!...

MAR. ¿Quién?

GILA. El jóven á mi padre; porque le queria pillar... y en seguida apretó á correr...

MAR. Vamos, que el tio Onofre estaba un poco alumbrao, y se echó al agua para remojarse... y luego se le ha figurao tó eso.

GILA. (Lavando.) Sí, alumbrao!... por supuesto!... le vió muy bien, porque hacia luna.

MAR. Algun cazador de contrabando...

GILA. Cazador? .. un silbante... con su sombrero de copa-y-alta... Mi padre se lo encontró luego en la yerba.

JUL. Vaya, pues eso pica en historia!...

MAR. Pero, ¿haceis caso de esa chismosa?

GILA. Si sabes tú algo mas... cuéntalo.

MAR. ¿Yo?

GILA. Bien podias decirnos si es un ladron, ó si es un cortejo.

MAR. ¿Mio? no es verdad? (Va á tender ropa.)

GILA. Lo que es tú no lo necesitas: pero quién sabe si las señoronas de en cá el alcalde?...

MAR. Me parece que tienes gana de que yo te de un jabon!... (La contienen Juliana y Bonifacia.)

GILA. Si no quiés tú!...

JUL. y BONIF. Vamos... quietas...

MAR. Dejarme que la remoje en el lavadero!

GILA. (Recogiendo su ropa y echando á correr.) No te sofoques... que te va á dar una enritacion...

MAR. Á la Gila y á su padre hay que retorcerles el pescuezo!

BONIF. Pero ¿á tí qué te importa que ese hombre haiga saltao ú no?

MAR. Pues! .. ¿y si pierde mi padre la plaza de guarda?... Ademas, no quiero que hablen mal de la señora Baronesa, ni de su hermana, que son muy buenas señoras.

BONIF. (Á las dos lavanderas.) Ea, holgazanas, á ver si acabais de recoger y nos vamos.

JUL. Tambien yo me voy á poner mi puchero. ¿Te vienes?

MAR. Si con esa maldita chica, ni siquiera he retorcido la poca ropa que traje.

JUL. Vaya: pues á la tarde nos verémos en la plaza.

MAR. Con Dios. (Vánse.)

ESCENA IV.

D. MODESTO, MARIANA.

MOD. Las muchachas acaban de lavar, y es precisamente la hora en que acuden los peces al jaboncillo... Instálome aquí á la sombra de los sauces; y vamos á ver si saco pescado fresco para el almuerzo.

MAR. (Volviéndose.) Hola! pescador en campaña!

MOD. (Arreglando los chismes.) Hermoso cuadro!... El lavadero, la ropa tendida... la naturaleza en todo su esplendor!... Cuando pienso que á estas horas en Madrid se respira ya el aire infecto de... de... en fin, el aire de la córte...

en lugar de este delicioso olor de los corrales de vacas, combinado con el de la lejía... (Aspira el aire con satisfaccion.)

MAR. (Soltando la carcajada al ver los aprestos de D. Modesto.) Pues no trae muchos tarantines!...

MOD. Buenos dias, niña.

MAR. Buenos dias, señor. (Riéndose.)

MOD. ¿Y esta chica?... Qué naturalota!...

MAR. ¡Va usted á pescar?

MOD. Con esa intencion vengo, al menos... Ah! aquí soy dichoso... puedo andar sin chaleco!...

MAR. Qué?...

MOD. Quiero decir, que he roto con Madrid y con sus pompas y vanidades... convirtiéndome en campesino, independiente, alegre, sin malicia... Vamos, en un verdadero lugareño.

MAR. ¿Con que tanto le gusta á usted el campo?

MOD. Me muero por él!... el campo... un pueblo pequeño!... Treinta años he pasado en una reducidísima tienda de la calle de Postas, con un ángel dorado por muestra, con letras de á media vara: ¡*La Novedad*! para poder un dia comprar una casita en un lugar apartado... y retirarme á vivir pacíficamente en mangas de camisa.

MAR. Ah! ya caigo!... Usted es don Modesto?...

MOD. Modesto Revilla, el mismo.

MAR. ¿El madrileño que ha comprado la casa de las persianas verdes, al lado de la del tio Onofre, que la queria?...

MOD. Precisamente.

MAR. Y vaya si la ha puesto usted bonita!

MOD. Buenos cuartos me ha costado!

MAR. No es muy grande...

MOD. Mil setecientos metros... pero terreno mas bien aprovechado! Tiene cuadra, cobertizo, cochera, lavadero, corral, palomar, gallinero, conejera, establo, corte... todo cuanto necesito...

MAR. Yá... no sabia...

MOD. Pues y el jardin?... Qué falta en mi jardin? Bosque, co-

lumpio, emparrado, estufa, estanque, noria, fuente con surtidores, cascada!...

MAR. (Riéndose.) ¿No hay caza tambien?

MOD. Ah! ah!... Se está riendo de mí!... No importa... tambien á mí me gusta reirme!

MAR. Cosa que no le sucederá á usted muy á menudo en su gran casa, solito...

MOD. ¿Cómo solo? Tengo á mi ama de gobierno, á la excelente Francisca, que no se ha separado de mí desde que perdí á mi pobre mujer... Y luego mi hijo, que vendrá á verme de cuando en cuando.

MAR. Ah! ¿Con que tiene usted un hijo?

MOD. Un buen mozo, que acaba de recibirse de abogado... instruido... y guapo...

MAR. Si se parece á su padre...

MOD. Qué buen humor tiene esta muchacha!... Deja que le veas, y ya me lo dirás.

MAR. ¿Qué, va á venir pronto?

MOD. Llegó ayer tarde... viene á pasar conmigo las vacaciones... Ya, ya le verás por ahí... es muy aficionado á las muchachas.

MAR. Hola!... Entonces de fijo irá al baile esta noche?...

MOD. ¿Qué baile?

MAR. ¿Pues no sabe usted que hoy es la fiesta del pueblo?... San Saturnino, patron de Villamenor.

MOD. Ah! ah! y con ese motivo bailarémos?

MAR. Lo que es yo... ya lo creo!

MOD. Eso me gusta!... Y hay que preparar los trapitos para esta noche?...

MAR. Digo!... Y ya que acabé mi jabonado, que pesque usted mucho, y abur!... (Váse.)

MOD. Adios, buena moza!... (Se mete entre las yerbas.) Es una muchacha muy alegre!... No son así las de Madrid... Oh! el campo, los pueblos!... Aprovechemos el momento... que ahora deben haber acudido muchos peces. (Se situa en el foro, y se pone á pescar.)

ESCENA V.

D. MODESTO, ENRIQUE.

ENR. ¿Dónde habrá ido á parar mi sombrero?

MOD. Calla! Enrique! (Pescando.)

ENR. Padre!...

MOD. Aquí pescando para que almorcemos... Chst!... no te muevas.

ENR. ¿Pican?... ¿pican?...

MOD. No... se me ha enredado el anzuelo en una raiz!... (Tira.) Canario!... y se rompió! (Se pone en pie y baja á arreglar el aparejo.)

ENR. (Mirando á todas partes.) Y yo que creí que aun no se habria levantado nadie en el pueblo...

MOD. Cómo se conoce que estás criado en Madrid!... Nosotros los campesinos estamos en pie cuando canta el gallo!... (Y qué guapo está!) Conque supongo que has dormido bien?

ENR. Divinamente.

MOD. Es que siempre... la primera noche se extraña la cama... Y se me figuró que oia sonar la puerta del jardin... á cosa de la una poco mas ó menos...

ENR. Era yo, que volvia...

MOD. ¿De dónde?

ENR. De paseo.

MOD. ¿Á la una de la noche?

ENR. Habia una luna!... y cuando sale uno de Madrid... el aire del campo... los árboles... el silencio mismo... todo seduce!... Me vine á dar una vuelta, por aquí precisamente... por la orilla del arroyo... (Sube.)

MOD. Y así se pillan los constipados... (Viendo á Enrique que registra entre la yerba en el foro.) ¿Qué diablos estás haciendo?... ¿no ves que se van á asustar los peces?

ENR. Nada... sino que me gusta andar por entre las yerbas...

MOD. No harias mal pescador!...

ENR. No ha visto usted por aquí un sombrero?... entre estas matas...

MOD. Qué sombrero?

ENR. El que saqué anoche... Se me cayó por coger una rosa, y lo he perdido.

MOD. Si se te cayó al agua... échale un galgo!

ENR. Mejor.

MOD. Cómo mejor?

ENR. Para el que lo encuentre. Era nuevecito. Voy á ver por aquí, siguiendo la corriente...

MOD. Eso es, y de paso échame hácia arriba la pesca.

ENR. Sí señor.

MOD. Y si tropiezas por ahí con las muchachas, me harás el favor de portarte con juicio y...

ENR. (En el puente.) Puede usted dudarlo siquiera?

MOD. Ya me entiendes!

ENR. Cuando era estudiante, no digo... pero quiere usted que todo un abogado?...

MOD. Ta! ta!... yo te conozco... ven acá... Mira que no estamos en Madrid, y que no sabes que estos animales de lugareños son capaces de romperte el alma de un garrotazo... Por Dios, Enrique, no te expongas...

ENR. Pierda usted cuidado, que no daré lugar. (Riéndose.)

MOD. No vayamos á hacer otra como en la temporada de baños... Precisamente te marchaste para dar punto á tus amorios y á tus intrigas, y...

ENR. Y me porté como un hombre de juicio...

MOD. Y aquella señora morena, acompañada de cierta hermanita rubia?...

ENR. Quién le ha dicho á usted?...

MOD. El criado que te acompañó.

ENR. Ah bribon!... ya sospechaba yo... Qué bien hice en despedirle!

MOD. Era ya tarde... ya sabia yo cuanto pasaba.

ENR. Es decir que no sabia usted nada... porque no hay nada... Encontré allí á una señora con su hermana y su doncella... ofrecí alguna vez el brazo...

MOD. Á la Baronesa?... porque ya sé que era una Baronesa...

ENR. Sí señor.

MOD. Ahora te ha dado por los títulos, eh? (Con cierto placer.)

ENR. Estuve con ella cortés, y se acabó.

MOD. Y se acabó?... Mira... (Saca una carta del bolsillo y lee.) «Ayer llevabamos bebidos veinticinco cuartillos de agua »mineral, que no nos han refrescado mucho por lo vis»to, porque el señorito Enrique, que ayer andaba tras »de la hermana mayor, me parece que hoy está ena»morado de las dos.»

ENR. Tunante!...

MOD. (Continuando.) «Como no sea una farsa para poder ena»morar á la casada... fingiendo que se dedica á la sol»tera...»

ENR. Miren el picaruelo!...

MOD. (Guardándose la carta.) Y sobre esto queria pedirle á usted explicaciones hoy al almuerzo, señorito.

ENR. Pues sí señor, algo hay...

MOD. Cómo se entiende? Una mujer casada?...

ENR. Con un hombre mucho mayor que ella... un matrimonio de conveniencia...

MOD. Buen argumento!

ENR. Yo no he visto nunca al tal marido... No le conozco siquiera...

MOB. (Este chico es un don Juan Tenorio!) Y la hermanita?

ENT. (Con viveza.) Oh! es divina!

MOD. Y tambien la enamoras?

ENR. Si usted la viera!...

MOD. Quién? yo?... Y la enamoras sin quererla?

ENR. Qué necesidad hay de estar perdido de amor para hacer la córte á una muchacha honrada, bonita y discreta?...

MOD. Y todo para?... Enrique, eres un monstruo!

ENR. (Con ligereza.) Lo toma usted de un modo... He encontrado á una mujer jóven, triste... que haya tratado de consolarla... que me haya gustado... que yo no le haya parecido del todo mal... que hayan mediado algunas

galanterias... Todo eso no quiere decir que se trate de una verdadera pasion, ni... Ya verémos lo que el negocio da de sí... espere usted.

MOD. Á qué he de esperar?

ENR. Á que ella premie mi constancia...

MOD. (Con viveza.) Ah! conque todavia no?... bendito sea Dios!

ENR. (Interrumpiéndole.) Cuando todo iba viento en popa, llega una carta del marido... y se me escapan de repente, dejándome en la primera estacion...

MOD. Y no has vuelto á tener noticias?

ENR. Ya la veré en Madrid... Dediquémonos ahora á darnos un verde por estos campos, ya que ha logrado usted comprar aquí una casa á su gusto.

MOD. En el punto que tú has elegido; te empeñaste en que fuera aquí precisamente...

ENR. Lo pintoresco, lo higiénico del pais... y hénos aqu reunidos, tranquilos y gozosos.

MOD. Aquí puedo respirar, porque hay menos ocasiones de que vuelvas á tus devaneos.

ENR. Por ahora...

MOD. Cómo por ahora?... Mira, libertino, que como pienses siquiera en verla... se lo digo al marido!

ENR. Querria usted mas bien que mi vista les causara horror á las mujeres?...

MOD. No digo... Pero eres un monstruo! (Ya se vé, cómo no han de gustar de él, si vale un Perú?)

ENR. Voy á ver si encuentro mi sombrero y volveré á buscarle á usted para que nos vayamos juntos á almorzar.

MOD. Que me eches para acá los peces.

ENR. Oh! Sí señor. (Váse.)

ESCENA VI.

D. MODESTO, á poco el BARON.

MOD. Si no me envia algunos peces... se me figura que el almuerzo! (Vuelve á ponerse á pescar en su sitio.)

BARON. (Aparece en su terrado, al otro lado del arroyo, con su caña en la mano, y se pone tambien á pescar.) Hola! vecino!...

MOD. Señor alcalde, muy buenos dias. Cómo sigue la señora Baronesa?

BARON. Perfectamente. Y usted, qué tal, señor don Modesto?

MOD. Cada dia mejor... Estaba contemplando el emparrado... Qué uvas va usted á tener este año, señor baron!

BARON. Ya las probará usted, don Modesto. Y qué tal van las peras?

MOD. No me ha quedado mas que una.

BARON. Pues hay que cuidarla mucho!

MOD. Y está picada!

BARON. Conque se perdió la cosecha?... Qué es eso que tiene usted en la mano?

MOD. En la mano?

BARON. Sí.

MOD. La caña de pescar.

BARON. Ah! eso es una caña? (Mirando con los lentes.) Parece un telescopio!

MOD. Una caña de nueva invencion... un poco pesada...

BARON. Y pesca usted algo con ella?

MOD. Aun no la he estrenado... la saco hoy por primera vez, y hasta ahora... no pican.

BARON. Verémos si soy yo mas dichoso. (Pescando. Bajando la voz.) Ahí va una hermosa tenca!...

MOD. (Á media voz.) Me la habrá enviado mi hijo!

BARON. (Lo mismo.) Qué? ha llegado su hijo de usted?

MOD. (Lo mismo.) Ayer tarde.

BARON. Ya me le presentará usted?

MOD. Con mucho gusto, señor alcalde... Es todo un buen muchacho... excelente!...

BARON. Chst!... que vuelve... no se mueva usted! (Permanecen inmóviles.)

ESCENA VII.

DICHOS, ONOFRE con su chistera y su caña rústica, por el puente, sin verlos.

ONOFRE. No encuentro la menor señal... En fin, antes de ir á misa, voy á ver si aquí junto al lavadero pesco algo. (Arregla sus chismes.) Vamos á mi rinconcillo, que es el sitio de los barbos... cuando uno está solo... (Tarareando mientras arregla los avios.)

BARON. (Desde arriba.) Chst!

ONOFRE. Eh? (Se vuelve y queda asombrado al ver á D. Modesto.) Ah! el madrileño!

BARON. Silencio, Onofre.

ONOFRE. (Á D. Modesto.) Quiere usted quitarse de mi sitio?

MOD. De qué sitio?

ONOFRE. De ese; que es donde yo pesco todas las mañanas.

MOD. Pues me gusta!... Qué, la orilla del agua no es de todos?

ONOFRE. La orilla de nuestro arroyo no es de nosotros?... de los del pueblo?... no pasa por aquí?... pues es de aquí.

BARON. (Impaciente.) Vamos á ver, Onofre!... El señor don Modesto está en su derecho. Ese sitio, como cualquier otro, es del primero que lo ocupa. Haber madrugado mas!... Y déjenos usted en paz!

ONOFRE. Bueno... ne hay que incomodarse... no basta que vengan los de Madrid á comprar nuestro terreno pa hacer sus casas en él, si no que tampoco les han de dejar un poco de agua á los pobres pescadores del pais, para que tengan donde entretenerse...

MOD. Pues hombre, no parece sino que me han dado de valde el terreno... bien caro lo he pagado, gracias á usted, que lo hizo subir á las nubes!...

ONOFRE. Y por qué me pujó usted? Veinte años hacia que le tenia yo echado el ojo.

MOD. Pues me gusta el lugareño!

ONOFRE. Haberse ido á complar terreno á Madrid, ya que es usted de la córte. Como si faltaran terrenos en Madrid para venir á incomodar á los pobres do los pueblos!

BARON. Por vida de!... qué diablo de mala yerba ha pisado usted esta mañana, Onofre?

ONOFRE. (Exasperndo.) No es eso, señor alcalde... sino que esto no puede quedar así... usted defiende á los de Madrid, porque tambien es usted madrileño... Yo... lo que digo es que son la ruina del pueblo... Vamos nosotros á Madrid, por si acaso?... Veinte años hace que vengo yo todas las mañanas á pascar ahí, ¿hay Dios para eso?... y ese hombre va á sacar los peces en mis hocicos... peces que son mios!...

BARON. Ni él ni yo sacaremos nada, mientras nos esté usted dando esa música!

ONOFRE. Pues que me deje mi sitio!

BARON. Vamos á ver si se calla usted. Se acabó, con mil millones de diablos!

ONOFRE. El alcalde mira por los suyos... Ya se ve, como todos son madrileños!

BARON. Aquí no hay madrileños, ni Cristo que la fundó .. Lo que hay aquí es un coronel de caballeria que va á saltar al arroyo si usted no se calla y que le va á meter de cabeza en el agua para que se le refresque la sangre. Siga usted pescando, don Modesto!... Y silencio!

ONOFRE. (Intimidado.) Está bien... bueno... corriente... me callaré... sí señor...

MOD. (Al Baron.) Iba á picar!...

ONOFRE. (Gruñendo y recogiendo aus avios.) Nada, Onofre... todo para ellos... no te faltaba mas!

BARON. Recoja usted, don Modesto, que ha caido uno.

MOD. (Triunfante, recogiendo el hilo y sacando un barbo.) Mire usted, mire usted!

ONOFRE. Eso es!... ya me ha quitado un barbo!... por vida de!...

BARON. Tambien yo!... (Saca un pescado.)

ONOFRE. Y el otro tambien! (Desesperado.) Hay justicia para esto! ..

MOD. Me parece que van viniendo, señor alcalde.

BARON. Sí señor.

ONOFRE. (En el puente, sacando el hilo sin nada, con rabia.) Como si no tuvieran rio en Madrid!... pues yo no voy á pescar á Madrid... por qué vienen ellos aquí?... (Mirando hácia el sitio del Baron.) Pues ya ha picado otro!... Malhaya mi suerte amen!

BARON. Otro!... (Va á recoger. Onofre estornuda, saca el hilo sin nada.) Onofre!...

ONOFRE. No digo nada... me ha dado gana de estornudar...

BARON. Á propósito!...

ONOFRE. Cada uno estornuda como puede... Como yo no soy de Madrid... estornudo como un paleto... á lo natural.

BARON. Quiere usted acabar con su charla sempiterna?

ONOFRE. Si uno no puede ertornudar... perdone usted... corriente... no hay mas que aguantarse.

BARON. Oh!... Dios me de paciencia!... (Vuelven los tres á ponerse á pescar. Un instante de silencio, durante el cual tira Onofre desde el puente el anzuelo hácia la iquierda.)

ONOFRE. Como si fueramos negros!... lo mismo nos tratan que esclavos!...

BARON. Don Modesto, vé usted?

MOD. Una anguila!...

BARON. Si... muerde!... chst!... (Onofre se suena con grande estrépito, fingiendo que trata de no hacer ruido.)

MOD. (Metiéndose el pañuelo en la boca. Sucede lo que anteriormente.) Se marchó!

ONOFRE. Pues ahora no dirán que no he tomado precauciones.

BARON. Don Modesto, haga usted que se marche, porque si no vamos á acabar mal!

MOD. Ea, vecino... váyase usted.

ONOFRE. Y por qué me tengo de ir!... Porque él es alcalde?...

BARON. No quiere marcharse? (Deja la caña)

ONOFRE. Pues si él es alcalde, yo soy elector... y soy del pueblo...

BARON. Sí, sí... espera, espera, elector!... (Desaparece por la izquierda.)

MOD. (Exasperado.) Quiere usted marcharse con mil de á caballo?

ONOFRE. Porque tengo que ir á afeitarme para oir misa, que si no... pa que yo me fuera.

BARON. Espere usted un poco, que allá voy. (Dentro.)

ONOFRE. Canario! me paece que estan tocando, vamos corriendo. (Echa á correr, aparece en el puente el Baron.)

ESCENA VIII.

EL BARON, D. MODESTO.

BARON. (Saliendo.) Se fué!...

MOD. Sí, señor.

BARON. Ha hecho bien... si le cojo hago una barbaridad con él.

MOD. Ya que nos ha dejado en paz, podemos volver...

BARON. Me tiembla la mano de cólera... no... dejémoslo para otro dia. (Observando la caña de D. Modesto.) Es esta su caña?

MOD. Sí, señor.

BARON. (La rompe.) Ahí va! siempre es un desahogo!

MOD. Es usted un poco vivo de genio, señor Baron...

BARON. Ya me lo dirá usted en llevando un año de lugar!

MOD. (Asustado.) Qué dice usted?

BARON. Pero qué un año? Si ese mismo Onofre no le hace á usted darse á todos los diablos antes de quince dias...

MOD. Pero qué le he hecho yo? qué tiene conmigo ese pollino?

BARON Qué le ha hecho usted?... Ha comprado usted ese terreno que él deseaba hace diez años, pesca usted en sus barbas peces, que él cree que le pertenecen personalmente... y pregunta usted?...

MOD. Pero se me figura que tengo derecho á todo eso...

BARON. Razon de mas: es usted novato en esto de pueblos, querido vecino... el tiempo le probará á usted que aun cuando no le hubiera hecho nada de eso á ese lugare-

ño que acaba de marcharse, no le querria á usted mejor por la sola razon de ser él labriego y usted madrileño, es decir, usurpador.

MOD. Yo usurpador?...

BARON. Ni mas ni menos. El pensamiento capital de un labrador es que la tierra es suya. (Dando con el pie en el suelo.) Esta es su herencia natural, creada por Dios con el solo objeto de que le produzca una gran cantidad de legumbres, para vendérnoslas muy caras. Mi jardin, mis praderas, terreno propio para plantar patatas... viene despues la ignorancia á sembrar en ese campo de pérfidos instintos su venenosa semilla, y puede usted figurarse la cosecha que dará en el cerebro de Onofre.

MOD. Pero no todos estan cortados por su mismo patron...

BARON. Cierto... la especie tiene variedades: pero en este pueblo son todos hortelanos, y de esa variedad estoy hablando. El hortelano va todas las noches á llevar sus hortalizas á Madrid, y en ese concepto es casi madrileño... cortesano nocturno. Ve la civilizacion bajo el aspecto de la plazuela de la Cebada á las dos y media de la noche. De ese perfecto contacto con la capital, resulta, en suma, un lugareño ignorante con un baño, no de lo mas culto por cierto de la heróica villa... Sus defectos naturales se fortifican con los vicios artificiales de que es testigo, y este lugareño, que del aroma de los campos lleva solo á la cérte el infecto olor de sus coles, no trae aquí de ella á la hora en que los pájaros saludan á la aurora... mas que los vapores del vino... y gracias!...

MOD. Y dice usted que aquí son todos hortelanos?

BARON. (Sentado en el tronco de sn árbol.) Todos.

MOD. Y malos?...

BARON. En todas partes hay hombres buenos: y yo no he dicho que la especie es mala. Es maliciosa; Onofre no es capaz de darle á usted un capirote... pero estornuda para espantarle la pesca. Ese es el lugareño!

MOD. Y teniendo de ellos esa opinion, es usted su alcalde?

BARON. Mucho gusto les daria dejando de serlo.

MOD. Cómo? tiene usted enemigos?

BARON. Qué si tengo?... todo el pueblo, representado por sus triunviros: Onofre, don Judas y el tio Hilarion.

MOD. Y qué les ha hecho usted á esos señores?

BARON. Qué?... Venirme á vivir aquí.

MOD. Y por eso solo?...

BARON. Le parece á usted; poco? Don Judas no me lo perdona. No le conoce usted?

MOD. No señor.

BARON. Ya le conocerá usted, don Judas es el hombre mas importante del lugar... es el boticario!

MOD. Ah!

BARON. Es hijo del pueblo; pero ha estudiado en Madrid, y entre sus convecinos pasa por un gran doctor. Don Judas es filósofo, don Judas es político, don Judas es orador!...

MOD. Diablo!...

BARON. Es regidor y... aspirante á la alcaldia; por lo cual puede usted figurarse que mi eleccion no le ha gustado mayormente.

MOD. Vamos, comprendo lo de don Judas; pero qué ha hecho usted para indisponerse con Hilarion!

BARON. Hilarion es el tendero de comestibles.

MOD. Único aquí en su especie.

BARON. De cuya circunstancia abusa para vendernos á precios excesivos, productos sospechosos... á tal punto que yo me he visto precisado á traer de Madrid cuanto necesito. Hilarion se ha declarado perseguido: don Judas insinúa que yo arruino el comercio local, pone el grito en el cielo, y la tercera parte de los vecinos truena contra mí!

MOD. Hombre!... hombre!...

BARON. Luego me ocurrió la desdichada idea de procurar reconciliarme con ellos, haciendo un beneficio al lugar.— Aquí se repetian con frecuencia los incendios, y les he regalado una bomba de las mas modernas, que encar-

gué á Madrid, ofreciéndoles una de mis cocheras para guardarla. Onofre, que es el capataz de los bomberos, reclamó una llave. La cosa era muy justa, y se le dió su llave; de lo cual resultó que pasaban el dia lavando, untando, limpiando, probando la bomba... hasta que con sus maniobras me han estropeado un carruaje y me han dejado tuerto un caballo... Tuve que quitarles la llave, y todos los que se habian alistado como bomberos presentaron su dimision en masa. Nuevo grupo que me declara la guerra uniéndose á la *alta banca.*

MOD. Se me erizan los cabellos de oirle á usted, señor alcalde... Dónde estamos?

BARON. Todavia no lo sabe usted todo. Don Judas tuvo la ocurrencia de ofrecer, por suscricion se entiende, una campana para la iglesia, con objeto de contrabalancear el primer efecto que produjo mi bomba... y dió veinte duros... pero con eso y todo, la suscricion ascendió á mil ochocientos reales.

MOD. Con ese dinero, apenas se puede comprar una campanilla.

BARON. Eso les dije, proponiéndoles que en vez de campanas, que ya tenemos las necesarias, compraramos un reló para reemplazar con ventaja al cuadrante solar que hay en la torre de la iglesia. Don Judas, que es de la junta de fábrica, pidió la palabra, y pronunció un discurso sobre el asunto. En el proyecto veia don Judas un atentado del progroso moderno, que quiere sustituir el mecanismo á la accion providencial: el reló, que recibe el movimiento del relojero... al cuadrante solar que recibe la luz del firmamento!... Yo le replico... se acaloran los ánimos, y por fin triunfo. Don Judas retira su donativo: yo doy cuatro mil reales y coloco mi reló. Pero el cura, que hubiera preferido la campana, se enfurruña: el sacristan, se enfurruña: el monaguillo y el portero, se enfurruñan... y cáteme usted indispuesto con toda la fábrica, que no me perdona el haber hecho que sepan la hora con exactitud y que les haya probado que el tiem-

po corre.

MOD. Con que, comercio, pueblo y clero...

BARON. Todos en contra... (Escuchando.) Qué es eso? (Toque á misa.)

MOD. El primer toque á misa mayor.

BARON. Ah! no me queda tiempo mas que para tomar café y vestirme... Entraré por la verja... Usted va tambien á misa mayor?

MOD. Si, señor alcalde.

BARON. El dia del santo patron del pueblo!... Vamos pues.

MOD. Tengo que ponerme un chaleco... cosa que no entraba en mis cálculos...

BARON. Pues hasta luego... (Váse.)

MOD. Hasta luego, señor Baron.

MOD. (Solo.) Pues señor si yo tuviera esa idea de mis administrados, seguro está que fuera su alcalde!... Bah! por hoy me quedé sin pescar!

ESCENA IX.

D. MODESTO, ENRIQUE.

ENR. Aquí estoy sin haber podido encontrar...

MOD. Y aquí me tienes á mí sin haber pescado.

ENR. Maldito sombrero! .. Vámonos á almorzar?

MOD. Espérame aquí, que voy á llegarme al molino.

ENR. Para qué?

MOD. Á comprar unos peces. Si Francisca me ve volver sin un par de barbos siquiera estoy perdido...

ENR. Nos pasaremos por hoy sin pescado...

MOD. No, no; espérame aquí: he quedado con el molinero en hacer lo mismo todas las mañanas que venga á pescar. (Váse por la izquierda.)

ESCENA X.

ENRIQUE, PAULINA, un CRIADO en el terrado.

CRIADO. El señor Baron habrá venido por aquí á pescar.

PAUL. Llámele usted...

ENR. (Viéndola.) Paulina!... (Se esconde detrás del lavadero para ocultarse del Criado, procurando llamar la atencion de Paulina.)

CRIADO. Señor Baron!... Señor Baron!...

PAUL. (Ve á Enrique, se sorprende al pronto y dice en seguida al Criado.) Vuélvase usted y vea si está el señor en casa, que como ya es hora de tomar el café...

CRIADO. Voy, señora. (Váse por entre los árboles.)

ESCENA XI.

ENRIQUE, PAULINA.

Enrique se acerca con precaucion. Momento de silencio, mientras ambos se aseguran de que nadie los ve.

PAUL. (Á media voz) Está usted solo?

ENR. Solo.

PAUL. Qué imprudencia!

ENR. No hay nada que temer, señora: esta noche sí que hubo peligro.

PAUL. Cómo?

ENR. Al retirarme del jardin á donde me citó usted, tan solo para decirme dos palabras crueles, despues de una separacion de dos meses... vi al guarda que venia tras de mí.

PAUL. Y él le vió á usted?... (Asustada.)

ENR. No señora... Me vine dando un rodeo á la orilla del arroyo y salté al otro lado, desgraciadamente sobre un hombre que estaba pescando.

PAUL. Ah!

ENR. Me quiso detener, pero le eché al agua de un puntapié.

PAUL. Respiro! Y cree usted que aquel hombre le pudo ver la cara?

ENR. Me parece que no.

PAUL. De todos modos bueno es que no ande usted por aquí.

ENR. Pero esta noche la volveré á ver á usted?

PAUL. Oh! no, no!... (Con viveza.)

ENR. Qué?... no me abrirá usted la puerta del jardin?

PAUL. Si abrí anoche fué porque usted me prometió devolverme las cartas que tantas veces le he reclamado... y por fin no lo hizo.

ENR. Para eso seria preciso no amarla á usted...

PAUL. No pronuncie usted esa palabra... no quiero oirla... Si he sido antes ligera en demasia, no quiero serlo mas, y ni hoy, ni mañana ni nunca... nos volveremos á ver.

ENR. Ah! señora!...

PAUL. Calle usted... aquí viene mi hermana!...

ENR. Pero, al menos...

PAUL. Adios.

ENR. Pero cuándo?

PAUL. Jamás... (Desaparece por la derecha.)

ESCENA XII.

ENRIQUE solo.

Citarme solamente para que la devuelva sus cartas?... aquella frialdad... aquellas lágrimas... Todo eso era en realidad, miedo, amor ó coqueteria?... Si esta noche, que todos irán al baile, pudiera introducirme en el jardin... la hablaria... y quizá la halle menos esquiva!...

ESCENA XIII.

ENAIQUE, CLARA en el puente.

CLARA. Dónde se habrá metido mi cuñado? (Baja á la orilla del arroyo.)

ENR. (Á la izquierda.) Si su cuñado de usted se ha perdido... encuentra usted en cambio á un buen amigo.

CLARA. (Volviéndose gozosa.) Cómo! Usted aquí?

ENR. Yo, Clarita!

CLARA. Qué sorpresa! Ah! cuánto me alegro de verle á usted!

ENR. (Dando un paso hácia ella.) Á decirla á usted eso mismo vengo yo.

CLARA. (Bajando.) De veras? Conque no me ha olvidado usted?

ENR. Bien segura está usted de que no.

CLARA. Es cierto... le esperaba á usted.

ENR. No lo decia yo?...

CLARA. Sobre todo desde hace tres dias no cesaba de pensar en usted.

ENR. Un verdadero presentimiento.

CLARA. Pero estamos aquí hablando como dos tios del lugar... (Hace un movimiento para volverse por el puente.)

ENR. Como vecinos que somos, nadie nos lo puede impedir. Mi padre vive allí, en la plaza.

CLARA. Cómo!... Don Modesto Revilla?

ENR. Sí.

CLARA. Vea usted... mil veces he estado por preguntarle si tenia algun parentesco con usted... en cuanto oí el apellido... pero no me atreví... me ponia colorada solo de intentarlo.

ENR. Pues sí, señorita; es mi padre, mi bueno, mi excelente padre.

CLARA. Somos muy amigotes.

ENR. Conque hice bien en aconsejarle que comprara esa casa.

CLARA. Para vivir aquí?

ENR. Para vivir cerca de Clarita.

CLARA. Oh! cuánto me alegro! Desde mi cuarto se descubre por encima de los árboles su jardin de usted.

ENR. Habita usted en el piso principal?

CLARA. Sí; y mi hermana y su marido en el bajo... No le ha dicho usted nada á su padre? Nada, nada?

ENR. Todavia no; mañana...

CLARA. Tiene usted miedo de que no le guste?... (Riéndose.)

ENR. Que no le guste usted, preciosa Clarita?...

CLARA. Lo que es el instinto. Sin poderme figurar que le tocara á usted tan de cerca, he tenido desde que llegué esmero en parecerle amable... y tanto he hecho, que creo sin vanidad que he conquistado el cariño de D. Modesto.

ENR. Ah! estoy seguro de que así es!

CLARA. Él es tan bueno!... le debe querer á usted mucho?...

ENR. Ah! mucho!...

CLARA. Estoy segura de que le mima á usted demasiado?...

ENR. Un poco.

CLARA. Y de que usted abusa...

ENR. Algunas veces.

CLARA. Mal hecho: en dejando á cualquiera conocer que se le quiere mucho, siempre sucede lo mismo... por eso yo disimulo con usted.

PAUL. (Dentro.) Clara! Clara!

CLARA. Mi hermana me llama... Me voy. (Váse corriendo por el puente.)

ENR. Tan pronto?... (Solo.) Mucho me temo que voy á acabar por casarme!

CLARA. (Vuelve á aparecer corriendo por el terrado, y se detiene allí.) No me acordaba... Dé usted la vuelta por la verja. (Indica la derecha.) Mi hermana le presentará á usted á su marido.

ENR. Oh!... Todavia no.

CLARA. Por qué?

ENR. Ya se lo diré á usted.

CLARA. Tengo, sin embargo, que decir á Paulina que le he visto á usted.

ENR. Y qué necesidad hay?...

CLARA. No me gusta mentir... y ademas, á qué vienen esos misterios? Ya está usted aquí... pide usted mi mano... se la concederán y seremos felices! Hay cosa mas natural y mas sencilla?

ENR. Sí, sí!

CLARA. Pues voy á decírselo todo á mi hermana. (Movimiento

para marcharse.)

ENR. (Con viveza.) Hoy no... se lo ruego á usted.

CLARA. (Deteniéndose.) Cuándo, entonces?... Cuándo viene usted?...

ENR. Lo mas pronto posible.

CLARA. Mañana?

ENR. Mañana.

CLARA. Con su padre de usted... bien. (Se le cae la llave.) Ay!

ENR. Qué?

CLARA. Se me ha caido la llave!

ENR. Qué llave?

CLARA. (Indicando á la izquierda la puerta por donde acaba de entrar.) La de esa puertecita verde.

ENR. No la veo por aquí!...

CLARA. Busque usted bien...

ENR. No parece...

CLARA. No me gusta que nos veamos así en estos abismos... Pero esa llave?...

ENR. No tenga usted cuidado; ya parecerá!

CLARA. Gente viene. Me voy, Enrique, me voy!... Búsquela usted, y tráigala mañana. (Váse corriendo.)

ENR. (Solo, y siguiéndola con la vista.) Cuando estoy con ella cinco minutos, es á ella á quien amo... Un hombre de juicio no titubearia un solo momento... Pero yo no lo soy!... Dónde habrá caido la llave? (La busca entre las matas.)

ESCENA XIV.

ENRIQUE, ONOFRE.

ONOFRE. (Sale por le derecha.) Por vida de!... Me he de quedar yo sin pescar por ser el santo del patron del pueblo?

ENR. Aquí está... (Recoge la llave.)

ONOFRE. (Volviéndose.) Hem?... (Muy bajo y ap.) Un jóven!

ENR. (Mirando al lado por donde se marchó Clara.) Casi tengo remordimientos!...

ONOFRE. (Desde la subida del puente.) Eh? el de la levita!... (Á Enrique, que se vuelve sorprendido.) Qué buscaba usted hace un momento? Esto?

ENR. (Sin reflexionar.) Mi sombrero!

ONOFRE. (Triunfante.) Él es!

ENR. No tal... (Volviendo en sí.)

ONOFRE. (Impidiéndole el paso, andando de espaldas sobre el puente y enseñándole el sombrero.) Aquí está... Tómelo usted...

ENR. (Pasa y se marcha.) Vaya usted al diablo con su sombrero!

ONOFRE. (Le persigue, da un traspie y cae al agua.) Ah!

MOD. Ya traigo mis barbos para almorzar... (Sale por la izquierda con los peces en un cestillo.) Y Enrique?... (Sale del agua Onofre.) Ah! qué es esto?

ONOFRE. (Furioso.) Ah! bribon!... el bribon del madrileño!... Y va de dos!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La plaza del lugar.—Á la derecha, en primer término, la barberia; á la izquierda, la tienda de comestibles, y el estanco á la derecha; en segundo término, la botica. Las casas colgadas.

ESCENA PRIMERA.

El BARBERO, TECLA, ISABELO, JORGE, HILARION, ISIDORO, el MANCEBO, BIBIANO, GREGORIO, RUPERTO, LUGAREÑOS, CHICOS y MUJERES del pueblo.

Al levantarse el telon, está el Mancebo afeitando á la puerta de la barberia al tio Gregorio: los demas, sentados, aguardando que les llegue su vez y rodeando al paciente. Bibiano, fumando. Conserva aun el pantalon de uniforme y la gorra de cuartel. Gregorio y Ruperto jugando al chito.

MANC. (Afeitando.) Maestra!

TECLA. (Saliendo.) Qué hay?

MANC. La bacia con agua fresca.

TECLA. Allá va. (Entra y saca la bacia.)

BARB. (Se asoma.) Otro!

UNO. (Entrándose en la tienda.) ¡Yo!

TECLA. Por vida de la funcion!... nos vamos á volver locos!

BIB. Maestro!... á ver si despachamos, que ya van dos to-

ques á misa.

GREG. (Afeitándose.) Qué, necesitas tú que te despachen pronto?... Tienes algo que hacer en la funcion?

BIB. Nada... usted hará las salvas, tio Gregorio!... no soy yo el único artillero que hay en el lugar?

GREG. Es verdad. No me acordaba que tienes que disparar el morterete. (Riéndose.)

MANC. (Con la navaja en la mano.) Con tanta conversacion no acabaremos hoy!

TECLA. Ea, tú... á ver si lees tu papelucho... y dejas en paz á los que estan afeitando!

ISAB. Y usted tampoco hable, tio Gregorio!...

ISID. Pues lo que es el periódico que está leyendo el artillero, traerá noticias frescas... es del mes de enero y estamos en mayo.

ISAB. Así aprende á leer...

GREG. Mira, tú, zopenco!... que me has cortado!

MANC. Es un granillo... esté usted quieto, que eso no vale nanada.—Á quién le toca despues?

BIB. Á mí.

HIL. (Saliendo de la tienda.) Á mí, á mí.

ISID. (Se planta de un salto en el sillon.) Aguárdense ustedes un instante, mientras me rasuran á mí.

HIL. Te quieres quitar de ahí?... hace dos horas que estoy esperando?...

ISID. En la tienda?... ya lo creo.

HIL. Qué tienda ni qué calabaza!... á mí me toca!

BIB. Primero soy yo.

HIL. Diga usted, maestra, no he venido yo antes?

MANC. Vamos, á quién afeito?

JORGE. Á mí.

HIL. Quita de ahí, galopo!... Como si tuviera barba!...

ISID. (Á medio jabonar, al Mancebo.) Anda, y no le hagas caso...

HIL. Que no me haga caso?... te estás burlando de mí?

ISID. Tú eres el que has tomado tema conmigo!...

HIL. Yo?

ISID. Porque soy jardinero de don Modesto, y querias la pla-

za para tu yerno!

BARB. (Saliendo de la tienda.) Á ver si acabas con el jabon!...

TECLA. Allí te le he puesto, sobre el arca.

BARB. (Al volverse, deja caer la bacia que estaba sobre un tabur ete.) Por vida de!...

TECLA. Vaya una torpeza!

BARB. Bien podias haber puesto los chismes en otra parte...

MANC. Dónde quiere usted que los ponga, maestro?

TECLA. Si querrias que los tuviera yo en la mano?

BARB. En la mano, no; pero no charles mucho, porque puede que te los ponga yo en mitad de la cabeza!

TECLA. Á mí?

BIB. Vamos... (Interponiéndose.) Váyase usted á afeitar allá dentro, que es lo que interesa, y usted cállese, maestra.

TECLA. Como la ha tomado ya desde tempranito!...

ISID. Atiende tú á lo que te interesa y no me degüelles! (Al Mancebo.)

MANC. Tiene usted una barba, tio Isidoro, que ya, ya.

BARB. (Dentro.) Á quién le toca?

VARIOS. (Precipitándose á la tienda.) Á mí! á mí!...

RUP. Á mí... que me tienen que esquilar...

BARB. Hoy no rapo... Á quién le toca hacerse la barba?

BIB. Vaya usted, tio Hilarion; á mí me afeitará el mancebo.

HIL. Dios te lo pague, Bibiano... Como has sido soldado, sabes lo que es cortesia.

RUP. Padre!... ya que no me pelan, voy á coger el tamboril. (Váse corriendo.)

UNA MUJ. (Á la puerta de la tienda.) Tio Hilarion!... media libra de queso y una panilla de aceite.

HIL. Voy corriendo. (Corre á su tienda.)

BIB. Vaya, pues que entre otro.

ESCENA II.

DICHOS, ONOFRE, sale precipitadamente, MARIANA.

ONOFRE. Hola, maestra!

BIB. Atrás!

ONOFRE. Quita de ahí, borrico!... déjame pasar...

MAR. Buenos dias, señores!

BIB. (Sin dejarla pasar.) Ole, la Marianita!

VARIOS. Buenos dias, Mariana. (La rodean.)

MAR. Fuera moscones!... Eh! maestro!...

ONOFRE. Todos la rodean á la mona esa! (Envidioso.)

TECLA. Qué le pasa á usted? qué quiere usted aquí?

ONOFRE. Toma... quiero... quiero que me haga la barba, que tengo prisa.

TECLA. Pues ande usted, y no nos corrompa.—Este tio Onofre no hay quien le aguante!

MAR. Á ver si me da usted un tarro de pomada.

BIB. Pomada, de qué?

MAR. De rosa.

BIB. Saque usted su rosa, maestro.

GREG. Estos soldados viejos son muy pillos! (Riendo.)

ISAB. (Con envidia.) Siempre Bibiano se ha de poner en medio... y como es tan listo!

BIB. Aquí tienes la pomada... (Dándole un tarro que saca el Barbero á la puerta.) Te voy á decir cómo se usa... (La va á coger por la cintura.)

MAR. (Le vuelve un cachete y echa á correr.) Así!

BIB. Fuego! (Frotándose la mejilla.) Esto no vale nada. (Todos se rien á carcajadas.)

ISID. Ha sonado como un cohete! (Todos se rien. Se oye el tamboril.)

ONOFRE. (Sale con el paño puesto.) Ya suena el tamboril! y entadía estoy aquí. (Se quita el paño, lo tira dentro de la barberia y se va corriendo.)

JORGE. Y yo tambien me voy.

BIZ. Yo, hasta que me afeiten...

GREG. Á tí tardarán poco en despacharte... ya te han jabonado la mitad de la cara...

BIB. Cachete mas ó menos, no importa. En el baile me las pagará á la noche. (Váse.)

TECLA. No sirve mas que para fumar, para beber y para re-

enbbrar á las muchachas.

ISID. (Levantándose.) Á quién le toca?...

ONOFRE. (En mangas de camisa y á medio vestir de danzante. Furioso.) Á mí, por vida del diablo! No ois que está tocando el tamboril? Por qué le dejas á tu hijo que toque?

GREG. Y qué tengo yo que ver con eso? El chico toca el tamboril, porque es hora de que lo toque.

ONOFRE. Yo soy el bastonero de los danzantes, y mientras yo no esté listo no es hora de tocar.

GREG. Cuando el muchacho lo hace, se lo habrá mandado el regidor de semana.

ONOFRE. Quieres apostar algo á que no?

GREG. Á que sí?

ONOFRE. (Preparándose para que le afeiten.) De todo esto, tienen la culpa los forasteros... han venido una porcion á afeitarse. Malditos sean los forasteros!

MANC. (Poniéndole el paño.) Á qué huele usted, tio Onofre?

ONOFRE. Yo!

MANC. Así, un olor á cieno...

ONOFRE. (Olfateándose.) Yo no huelo mas que á yerba.

GREG. Así como huele el arroyo cuando hace mucho calor... que se queda en seco.

ONOFRE. Tambien yo estoy en seco desde esta mañana.

GREG. Á que no dices lo mismo á la tarde?

ONOFRE. Pero dónde anda el maestro?...

BARB. (Sale.) Aquí.

GREG. Que no te olvides del amo.

BARB. Ahora mismo voy. (Váse corriendo,)

ONOFRE. Adónde va?

GREG. Á afeitar á mi amo... ahí á la plaza...

ONOFRE. Á don Modesto? Al madrileño?

GREG. Y qué importa que lo sea?

ONOFAE. Eso es... vengo á que me afeiten... y se va á afeitar al madrileñol...

MANC. (Poniéndole el paño.) Vamos, déjese usted de charlar y estése quieto.

ONOFRE. (Arrancándose el paño.) No quiero que me afeites tú...

Vengo á buscar al Barbero y no me da la gana de que sea el Mancebo el que me haga la barba. No quiero que se ensaye conmigo!...

MANC. Oiga usted, tio Onofre, yo soy capaz de afeitar como el primero... porque sé mi oficio... y lo que es á manejar la navaja, me las apuesto con el mas pintiparao.

TECLA. Pero tio!... quiere usted que pierda la parroquia de los forasteros?

ONOFRE. La parroquia de los forasteros!... los madrileños, no es verdad?... Y lo que es á los del lugar, que son los que pagan, y los que trabajan para hacer producir el campo... lo que es á esos no hay que afeitarlos!... como son lugareños!... como no son de Madrid!...

TECLA. Pero á qué viene tanto charlar?

ONOFRE. (Á Gregorio, á Isidoro y á Hilarion, que se han acercado.) Eso es!... y vosotros no decis nada?... nada os importa?... Pues vamos á parar en que no podremos ni ser dueños de nuestras casas...

GREG. Hombre!... me parece que eso nada tiene que ver con...

TECLA. Pero, vamos á ver, tio Onofre: ese madrileño no tiene barba como usted?

ONOFRE. Lo que es vosotros me apoyais de un modo... lo mismo que el alcalde... Pues si el maestro no mo afeita dentro de cinco minutos, no salen los danzantes hoy.

TODOS.. (Asustados.) Oh!

ONOFRE. Como yo no vaya á dirigirlos, ni mi yerno á tocar la gaita, seguro está que salgan... Ademas le voy á romper el tamboril á tu hijo... y si esta noche se prende fuego al lugar, tampoco doy á la bomba, y soy el único que la sabe manejar...

HIL. Hombre!... porque no te han afeitado vas á hacer esas barbaridades?...

ONOFRE. Ya verán quién soy yo!

HIL. Pero... será un escándalo!... qué va á decir el pueblo, si no salen los danzantes?

TECLA. (Á Gregorio.) Tio Gregorio, vaya usted corriendo á bus-

car á mi marido...

GNEG. Quién yo?... Para que me despida el amo?...

TECLA. Pues iré yo misma. (Váse corriendo.)

ONOFRE. (Sentándose en ademan terrible, con el paño de barba puesto.) No espero mas que cinco minutos!

ESCENA IV.

DICHOS, D. JUDAS con gorro griego, varios papeles en la mano y una pluma detrás de la oreja.

JUDAS. De qué se trata?

GREG. Hola! Don Judas!... aquí Onofre... que está endiablado porque no le han hecho la barba.

JUDAS. Y por eso dabais esos gritos? Estaba escribiendo y creí que era otra cosa... pero como no me dejabais trabajar... dije: voy á ver qué sucede. Vamos qué pasa?...

ONOFRE. Pasa... que han pasado ya tres minutos.

JUDAS. Qué quiere decir?...

GREG. Que falta poco para el tercer toque á misa... y que yo voy á ponerme la capa para ir á la iglesia... (Váse.)

ISID. Y yo tambien, don Judas... (Hace que se va.)

JUDAS. Mira... (Dándole los papeles.) Pon eso encima de mi mesa... Cuidado, no pierdas nada... que es el borrador del discurso... (Váse Isidoro.)

HIL. Qué discurso!

JODAS. Uno que voy á pronunciar dentro de un rato en la sala de la botilleria... con motivo de la festividad del dia: *in honore tanti festæ*, que dijo el sabio; un divertimiento literario... sobre un asunto enteramente nuevo: *sobre el lujo!*

HIL. Ah!

JUDAS. El lujo de los lugareños.

ONOFRE. Se acabaron los minutos... (Se levanta.) Me voy.

JUDAS. Eso es... anda á ponerte tu vestido para el paloteo... y despues te afeitarás para ir á oirme.

ONOFRE. Quién, yo? Fácil es!... hoy no hay paloteo.

JUDAS. Cómo... no salen los danzantes?... (Asombrado.)

ONOFRE. Ya que no me afeitan... que se fastidie el lugar y se quede sin paloteo.

HIL. Mire usted, don Judas... todo es porque el maestro Barbero se ha ido á afeitar á don Modesto antes que á él.

ONOFRE. (Exasperado.) Y no tengo razon? malos lobos me coman!... No basta que me compre mi terreno y que me pesque mis barbos?

JUDAS. Cómo? Tambien eso?

ONOFRE. Esta mañana se zampó en mi sitio á pescar... y el alcalde le dió la razon!

JUDAS. (Con sonrisa irónica.) Oh! lo que es eso no me admira!... es madrileño... vuelve por sus compatriotas...

ONOFRE. Se pone de su parte!... que es la infamia de las infamias!

JUDAS. Mas vale que hablemos de otra cosa.

HIL. Sí... mas vale que no hablemos del alcalde.

JUDAS. Un hombre tan... y ademas... tan... Oh! si no fuera mas que eso... Pero es una cosa...

HIL. y ONOFRE. Verdad, verdad!

JUDAS. Que si es verdad?... Hé ahí las consecuencias de tener un alcalde que no es del lugar!

HIL. Seguro que si fuera de aquí...

JUDAS. Bah!... Entonces... esto andaria... á pedir de boca... Si lo fuera, por ejemplo, el tio Pablo el herrero... ó el señor Basiliso...

ONOFRE. Lo que es en Basiliso, no tengo yo confianza maldita.

JUDAS. Ó yo!... Si fuera yo... Es una idea que me ocurre así de repente... y que no me parece del todo mala, eh?

ONOFRE. (Le gusta la idea.) Pues ya lo creo que es buena! Un hombre como usted, que ha nacido aquí, en el lugar... y que sabe latin y otras muchas cosas!...

JUDAS. Algo sé, en efecto. (Con satisfaccion.)

HIL. Para que á usted se la pegara ninguno de Madrid!

JUDAS. Pues medios hay de conseguirlo acaso...

ONOFRE. Á ver... á ver...

JUDAS. Difícil es... pero para mí no hay nunca dificultades...

ONOFRE. Pues lo que es al tal Baron, bastantes se le ocurren...

JUDAS. Seguro está que yo me hubiera portado con la parroquia como él lo hizo en el asunto de la campana!... y digo, tratar á los bomberos con aquel cinismo, con aquella falta de tacto!...

ONOFRE. Nos trató como á negros!...

JUDAS. Habia yo de dar el mal ejemplo de traer de Madrid lo que se vende en la tienda de comestibles del lugar, bajo pretexto de que el tio Hilarion falsifica los géneros?...

HIL. No se lo perdonaré mientras viva.

JUDAS. Y no porque no los falsifique Hilarion en efecto; porque yo he analizado el azúcar que vende...

HIL. Mi azúcar!... (Sorprendido.)

JUDAS. Pero esas cosas no se publican... se calla uno... porque no pierda el pueblo. .

HIL. Pero qué es lo que hay que callar?...

JUDAS. Yo soy del pais. . hemos ido juntos á la escuela...

ONOFRE. (Á Hilarion con orgullo.) Ya se ve que sí!

JUDAS. Me aguanté... y ya veis que no he dicho palabra... y es que yo tengo conocimientos de que vosotros careceis...

ONOFRE é HIL. (Admirados.) Ah!... sí...

JUDAS. Y ya veis que no por eso soy orgulloso!... Conozco cuán inferiores sois á mí en educacion y en inteligencia... y sin embargo, os doy la mano... alterno en vuestras diversiones... me complazco en ser popular!... (Les toma las manos.) Porque en las naturalezas completas, como la mia, jamás mata el talento al corazon. Jamás!... al contrario.

ONOFRE. Esto es lo que se llama un hombre.

HIL. Un sabio!

JUDAS. En vez que vuestro alcalde... Sabeis lo que hace vuestro alcalde?

ONOFRE é HIL. Qué? Qué? (Con curiosidad.)

JUDAS. Atrae á los forasteros, les excita á que se apoderen de nuestros campos y á que nos echen de aquí.

HIL. Ah!

JUDAS. *La invasion de los madrileños*!... preparo un discurso so-

bre ese tema.

ONOFRE. ¡Ah!

JUDAS. Lo publicaré en *La Correspondencia*, y veremos si lo quiere insertar *El Cascabel* (periódicos ambos que se publican en la córte), y con su estampa, y por epígrafe estas ingeniosas preguntas y respuestas: «Qué es hoy el madrileño?—Todo.—Qué debe ser?—Nada.—Qué es el lugareño?—Nada.—Qué debe ser?—Todo.»

ONOFRE. (Entusiasmado.) Eso, eso es lo que se pide!

JUDAS. Capítulo 1.°—Origen del madrileño... no lo tiene.—2.° —Su carácter: ligero, futil, inconstante, siempre á caza de nuevos placeres y seducido por la dulzura de nuestras costumbres y de nuestro clima, se ha persuadido de algun tiempo á esta parte de que le gusta el campo, y ha hecho moda el irse á vivir á las aldeas. Así que por la primavera se ve al madrileño flaco, pálido, extenuado, restaurar con las balsámicas emanaciones de los campos sus órganos debilitados por los excesos del invierno.

HIL. (Entusiasmado.) Sí... sí.

JUDAS. Chst! Capítulo 3.°—Sus costumbres.—Abominables. La presencia del madrileño en nuestros pueblecitos constituye un verdadero peligro para las costumbres locales, tan puras... ay! tan puras! antes de su llegada Á su presencia debe atribuirse ese aumento de embriaguez en las mujeres y de coquetismo en los hombres... No!... quiero decir de coquetismo en los hombres y de embriaguez en las mujeres... En fin... Capítulo último: «Medios de combatirlos.»

HIL. (Interrumpiéndote.) Los comestibles!...

ONOFRE. No se necesita tanto. Basta con darles mala vida para que se larguen todos.

HIL. Todos? qué será entónces de mi tienda?

ONOFRE. Tu tienda?

JUDAS. Sí... (Queriendo hablar.)

HIL. Si se marchan todos los forasteros, no viviré con los doce cuartos de sal y las cuatro libras de velas que tú

me compras al mes.

JUDAS. Pero... (Lo mismo.)

ONOFRE. Hola! estás vendido á los madrileños, eh?

JUDAS. Oidme... (Lo mismo.)

HIL. Como tú te vas á Madrid á vender tus verduras, nada te importa!...

JUDAS. (Exasperado.) Quereis oirme, cuadrúpedos?... Si me hubiereis dejado concluir, hubierais visto que mi sistema no tiende ni á tiranizarlos, ni á expulsarlos, lo cual arruinaria al comercio de abaceria y al de la farmacia locales.

HIL. Eso es otra cosa.

JUDAS. Sino á su esclavitud .. por un sistema de compresion municipal... que no puede ponerse en práctica... hasta que sea yo alcalde.

HIL. Y para que usted lo sea...

ONOFRE. Es preciso que no lo sea el que hay ahora.

JUDAS. Y para que él no lo sea?...

HIL. Es preciso que lo sea usted.

JUDAS. Y cómo?

ONOFRE. No hay mas que hacer correr por ahí lo que pasa de noche en su jardin.

LOS DOS. Eh? (Sorprendidos.)

ONOFRE. (Riéndose.) Toma, toma... yo sé...

JUDAS. Qué?

ONOFRE. (Despues de asegurarse de que nadie los escucha) Anoche estaba yo pescando en el arroyo y saltó un jóven del jardin encima de mí precisamente.

HIL. Un forastero, eh? (Con viveza.)

ONOF. Oh! de fijo era de Madrid... le cogí por la levita, que era muy fina, muy fina...

JUDAS. Y le viste la cara?

ONOF. Eso no... me largó un puntapié... vaya un puntapié bien dado!... y paf... al agua de cabeza...

JUDAS. Y se escapó?...

ONOF. Pero no hace media hora que le he visto en el mismo sitio.

HIL. Ah!

JUDAS. Y lo que es ahora?...

ONOF. Lo que es ahora... á pesar de que tambien me he dado otro remojon por su culpa... le he visto perfectamente.

JUDAS. Vamos... eso ya es algo! (Contento.)

HIL. Pues, lo que es el mocito ese no viene con su levita á robar manzanas por la noche...

ONOF. Pero para eso estan allí la señá Baronesa y su hermanita... (Con malicia.)

JUDAS. Sobre todo la señora Baronosa.

HIL. Pues...

JUDAS. Porque la Baronesa es mas... mas... en fin, mas... así.

ONOF. Si será un cortejo?...

JUDAS. Oh! es un madrileño! no hacen otra cosa.

HIL. (Frotándose las manos.) Vaya un descubrimiento!...

ONOF. Y en tal caso, el alcalde?... (Gozoso.) Pues poquito me alegraria! Malos lobos se coman á todos los forasteros!..

UDAS. (Muy contento.) Dices que si el alcalde?... Bah!... Bah!... (Mudando de tono.) Pero sabeis que eso es muy grave?

LOS DOS. Toma!... (Con seriedad.)

JUDAS. (Con elocuencia.) Sabeis?... Me dirijo en este momento á dos primeros contribuyentes!!.. á dos electores (Los dos se ponen muy erguidos.) Sabeis que no podemos permitir al primer magistrado del lugar, al alcalde, nada menos, que nos represente de ese modo?

ONOF. Ya lo creo que no! Seria una deshonra para todo el lugar de Villamenor.

JUDAS. Procedamos al exámen rigoroso de los hechos. Obtengamos, si es posible, una prueba auténtica, luminosa, convincente. Una vez conseguida, ya veremos de dorarle la píldora al alcalde, y le facilitaremos así el medio de que haga dimision, y de que se largue de aquí inmediatamente.

HIL. Eso, eso!...

JUDAS. (Con viveza.) Ante todo, hay que saber quién es ese jóven.

LOS DOS. Sí.

JUDAS. (Lo mismo.) Si es del pais, ó si ha venido á la funcion.

LOS DOS. Bueno.

JUDAS. Informándose con ese objeto, registrando por todas partes, en la plaza, en la iglesia, por las calles...

ONOF. No hay mas que hablar.

JUDAS. Y en saliendo de misa, nos reuniremos á deliberar en mi casa; os daré de almorzar, y redactaremos una exposicion al gobernador de la provincia.

ONOF. Vaya un talento de hombre!

HIL. (Oyendo el tamboril y la gaita que se aproximan.) Ois, ya los danzantes? (Van á mirar al foro.)

JUDAS. (Ap.) Me carga tenerles que dar de almorzar... pero es preciso... es preciso! (Alto.) Anda á vestirte, Onofre, que las muchachas estarán esperando la danza... Que me busqueis bien al mocito de la levita.

HIL. Yo tengo buen ojo... pierda usted cuidado. (Se oye mas cerca el tamboril.)

ESCENA V.

DICHOS, ISIDORO y GILA.

GILA. (Sale corriendo.) Vamos, padre! que le esperan á usted los danzantes! (Váse á vestir Onofre á la izquierda.)

ISID. Y usted no se viste, don Judas?

HIL. (Va la tienda.) Á ver, mi capa y el sombrero nuevo!

ISID. Y esta noche tenemos murga.

JUDAS. (Sale de la botica con sombrero y poniéndose el frac.) Está usted ya, tio Hilarion?

HIL. Ya estoy listo. (Con capa y sombrero gacho.)

ISID. Y el tio Onofre, cuándo acaba?

JUDAS. Te despachas?

HIL. Verá usted lo que tarda. Tio Onofre?

ONOFRE. Presente. (Acabando de vertirse de danzante, con su baston, etcétera. Gila le ayuda.)

HIL. Pues no está majo que digamos!

ESCENA VI.

Todos los del pueblo y los danzantes con gaita y tamboril.

JUDAS. Silencio!... y escuchadme, que os voy á decir dos palabras.

ONOFRE. Callaisus!... que va á hablar don Judas!

JUDAS. Jóvenes danzantes de Villamenor! Este dia hará época en vuestros anales!...

TODOS. Viva!... viva!... viva don Judas!...

JUDAS. (Conmovido.) Gracias! (Á Onofre.) No atisbas por aquí al jóven?

ONOFRE. No.

HIL. Veremos si está en la iglesia.

ONOFRE. Y vamos á dar principio, antes de ir á misa. Atencion (Ejecutan bajo la direccion de Onofre una danza. Así que termína, se dice lo siguiente en el proscenio. Al Barbero, que llega precipitado.) Hola! bien se ha entretenido usted, maestro...

BAR. Como que he tenido que afeitar tambien al hijo, que llegó ayer de Madrid... (Se va á su casa.)

ONOFRE. (Á los otros dos.) Él es! (Se acerca á ellos lleno de gozo.)

LOS DOS. Él?...

ONOFRE. Ya le tenemos.

JUDAS. Silencio ahora... Y como aquellos tres famosos suizos, de cuyo nombre no puedo acordarme, juremos conquistar hoy mismo la independencia de nuestra patria. «Union.»

HIL. Astucia!...

ONOFRE. Y mala intencion!... Siga la danza! (Salen de la escena danzando, y cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala en la casa de campo del Baron. Tres puertas, que se cierran, al foro y que dan al jardin: puertas laterales; mesa en medio. Reló de sobremesa, silleria. Empieza la accion por la tarde, despues de comer.

ESCENA PRIMERA.

El BARON, PAULINA, CLARA, el COMISARIO, D. CIRIACO, el MÉDICO, convidados de ambos sexos vestidos de ceremonia: los criados con libreas. El Baron, el Comisario y el Médico á la izquierda, sentados alrededor de un velador: Clara les sirve el café. Los otros convidados por el jardin, con Paulina. Mariana en el foro dando ramilletes á las señoras.

BARON. Fuma usted, señor don Ciriaco?

CIRIACO. Cuando me lo permite mi mujer, señor Baron.

BARON. (Á doña Dolores, que está en el foro.) Mi señora doña Dolores lo permite, no es verdad? Hoy es dia grande en el pueblo!... Y el señor Comisario?

COM. Mil gracias, señor Baron... lo que haré será tomar otra tacita de café. (Clara hace seña á Mariana y ambas se retiran.) Esta noche tengo precision de velar.

BARON. Ocurre algo de nuevo?

COM. Ese suceso... el asesinato...

BARON. He oido con efecto...

PAUL. (Acercándose.) Un asesinato!... aquí?

COM. Muy cerca, pero no en la jurisdiccion de Villamenor. En la quinta del Olvido.

PAUL. Ladrones acaso?...

COM. No, señora: un marido... un labrador, ha matado al amante de su mujer, que era un mozo de mulas... de un modo que horroriza... lo ha degollado con una hoz.

PAUL. Qué atrocidad! Y á ella?

COM. Nada... La mujer está buena y sana.

BARON. Mal hecho... Porque al fin y al cabo, la mas criminal de los dos es la mujer.

CIRIACO. Y usted, señor Baron, hubiera perdonado al amante?

BARON. No tal... Primero á ella, y luego á él: ó á los dos al mismo tiempo. Ese labrador no ha sabido manejarse. Ya que se ha decidido, debiá haber zanjado el negocio por completo.

CIRIACO. Ya veo, señor alcalde, que es usted feroz!...

BARON. (Riéndose.) Cuando llega el caso... Una copita de licor, señor don Ciriaco.

CIRIACO. Á que no tiene la señora Baronesa la misma opinion que su esposo?...

BARON. Oh! apuesto é que es tambien de mi modo de pensar?..

PAUL. Sin duda...

BARON. Qué tienes, Paulina? estás muy pálida!

PAUL. Tengo una jaqueca... y el olor del cigarro...

BARON. Perdona!... estamos tan cerca de tu cuarto, con efecto...

PAUL. No importa... quédense ustedes aquí... yo soy la que voy á tomar un poco el aire...

MÉD. Si quiere usted, señora, aceptar mi brazo...

BARON. Supongo que no es cosa de cuidado?.,. (Á ella afectuosamente.) Doctor, quiere usted ver?...

PAUL. No; creo que no...

MÉD. El pulso un poco frecuente... Pero con tres horas de sueño bastará...

BARON. No piensas ir al baile, Paulina?

PAUL. Oh! eso no!... (Va hácia el foro con el médico.)

BARON. Como quieras.

COM. Qué aderezo tan magnífico el de la señora!

BARON. Son, en efecto, buenos diamantes. Bien ha predicado contra ellos esta mañana el famoso boticario!

CIRIACO. Segun eso, se verificó la proyectada reunion y el discurso sobre el lujo?

BARON. Ya lo creo. Querian llevarle en triunfo... los hombres, por supuesto: las mujeres, no.

CLARA. (Seguida de Mariana bajando del foro.) Aquí tiene usted e café, señor Comisario.

COM. Señorita!...

BARON. Ron; Mariana!... (Á Clara.) Sabes, querida, que Paulina no va al baile?

CLARA. Entonces iré con la señora de don Ciriaco.

BARON. Eso es; y yo á la camita.

CLARA. Pues! para que digan todos que no vas por orgullo?... Como te quieren tanto ya en el pueblo!...

BARON. Tiene razon esta muchacha.—Vamos, iré á representar al ayuntamiento.

CLARA. Y bailarás!...

BARON. Oh! lo que es eso!...

CLARA. Bailaras como yo... todo por la municipalidad.

CIRIACO. Es cierto, señor alcalde; hará muy buen efecto!

BARON. (Riéndose) Vaya... romperé el baile con doña Dolores.

CIRIACO. Con mi mujer?... Señor alcalde, tanto honor!... (Hace una cortesia.)

COM. Á qué hora son los fuegos?

BARON. Á las diez.

CLARA. Qué tarde!

BARON. Se ha descompuesto el castillo, y lo estan arreglando á toda priesa. (Á Mariana.) Hola! te has puesto tu gran cadena, eh?

MAR. Para qué la quiero, si no?... Ya que me ha tocado...

BARON. Era lo mejor que se rifaba!

COM. Oh! ya lo creo!

BARON. Anda, coquetilla! Esta mañana llevaba al retortero á todos los mozos del pueblo...

MAR. Sí... pero las mozas...

BARON. Oh! las mozas te echaban unos ojos!...

MAR. Sobre todo, la Gila, la hija del tio Onofre.

CLARA. Amable muchacha!

BARON. Pues el padre no la va en zaga!

CIRIACO. Sigue usted reñido con él?

BARON. Con el tio Onofre?... no son muy cordiales nuestras relaciones. Por poco le echo al agua esta mañana... y antes de ayer le hice dar una magnífica voltereta en el camino.

CLARA. Oh! no me has dicho nada de eso.

BARON. Es que cometí el crímen en la oscuridad de la noche!

CLARA. Es preciso que nos lo cuentes. Vamos, cuenta, cuenta.

BARON. Ya sabe usted, señor Comisario, que el camino vecinal del molino se trasforma en camino provincial?

COM. Sí señor... un rodeo de tres metros.

BARON. Justamente. El camino en cuestion pasa lindando á la derecha por la cerca de mi jardin, que está rodeada de árboles seculares, y á la izquierda por un campo sembrado de zanahorias. El jardin es mio y las zanahorias de Onofre. En el último cabildo, nos presentó el arquitecto dos planos. El uno alargaba el nuevo, metiéndose en mi propiedad, el otro rozando apenas la orilla de la de Onofre. No necesito decir á ustedes que todo el ayuntamiento, á excepcion de don Ciriaco, se prenunció en favor de la magnífica concepcion del proyecto, que echa abajo mis hermosos árboles, y que respeta religiosamente las zanahorias del otro. Pero como no pueden expropiarme hasta que se caiga la tapia, que es de cal y canto...

COM. En efecto: si está en buen estado aun...

BARON. Sí; pero esos bribones saben eso lo mismo que yo... Á la noche siguiente, al dar vuelta á mi terrado, cada carro que pasa dá su tropezon en la esquina de la tapia y todos los que van á Madrid á llevar verduras y frutas hacen la misma operacion á la ida y á la vuelta. Veinte carros que van y otros tantos que vuelven: total; cua-

renta tropezones en un par de noches: la tapia se resiente y comienza á desquebrajarse... Espero á que llegue la noche; hago colocar en la esquina, con gran sigilo un enorme guardacanton de piedra. Y me pongo en observacion, fumándome un cigarro. Á eso de las doce empieza el ruido de los cascabeles... y llega el primero nuestro amigo Onofre, que soltando las riendas á la mula, toma carrera para hacer una formidable brecha en el ángulo de la tapia... Llega... se precipita y... zás! Carro, mula y verduras van al diablo, y el buen Onofre patas arriba haciendo cabriolas sin saber lo que le pasa en medio del camino! Tuve un buen rato, lo confieso.

CLARA. Y no han vuelto á intentar?...

BARON. Oh! ya no pueden... el guardacanton fué una gran idea!

ESCENA II.

DICHOS, MARIANA.

MAR. Señor Baron!... (Sale precipitada.)

BARON. Qué ocurre?

MAR. Que la tapia se ha venido abajo!

BARON. La del jardin?

MAR. Sí, señor: una brecha por donde pueden pasar tres hombres de frente.

BARON. Ah! bandidos!... por fin han logrado!... Porque supongo que no se habrá caido por sí sola?...

MAR. Cá!... Mientras estaba mi padre en la plaza, se han reunido media docena de pillos y han disparado un morterete por entre las junturas de las piedras...

BARON. Ahora emplean la mina!...

MAR. Yo he atrapado á una... y no ha llevado mal tiron de orejas!

BARON. Á una muchacha?

MAR. Á la hija del tio Onofre.

CLARA. Qué familia, Dios mio!

BARON. Bueno, bueno! El bribon del padre pagará por ella. Señor Comisario, vamos á ver el destrozo que han hecho. (Voces dentro.)

BARON. Qué es eso?

CLARA. Es Onofre con don Judas el boticario, y con Hilarion.

BARON. Qué traen aquí?

CLARA. Y viene furioso.

MAR. Por lo que le he hecho á su hija.

BARON. Como llegue á entrar aquí ese bribon!...

COM. No se incomode usted, señor Baron: voy yo á interponer mi autoridad.

ONOFRE. (Á voces dentro.) Quiero entrar! quiero entrar!

BARON. Grandísimo tunante! ahora verás!... (Coge el baston, le detienen Clara y el Comisario, que vuelve y le desarma.)

COM. Ya he dado órden para que se lo lleven. (Vánse todos por el foro.)

ESCENA III.

EL BARON, D. JUDAS.

JUDAS. Es una fiera! Yo queria contenerle... pero he oido crugir... no sé si el frac ó el pantalon... (Se registra.)

BARON. Oh! está aquí el señor farmacéutico!...

JUDAS. (Muy amable.) Aquí me tiene usted, señor Baron; y ahora que se han llevado á ese imbécil... que está furioso con lo de su hija... (Se cierran las puertas del foro.) porque le han tirado de las orejas... y eso qué importa?

BARON. Nada.

JUDAS. Quiere usted, señor Baron, que hablemos aquí tranquilamente como conviene á hombres de nuestra educacion y de nuestro mundo?

BARON. (Vamos, este es mas entretenido!) (Alto á él.) Tenga usted la bondad de sentarse, don Judas. Quiere usted fumar?

JUDAS. Muchas gracias, señor Baron... una vez quise hacerlo...

Ah! me acordaré mientras viva!

BARON. Veamos pues el motivo de...

JUDAS. (Sentado á la izquierda de la mesa.) Otro andaria con preámbulos y diria: Esto y lo otro y lo de mas allá y... Pero entre hombres superiores como usted y yo, señor Baron, vamos al hecho. El hecho es que vengo delegado por lo mas granadito de Villamenor, para manifestar á usted, con toda clase de miramientos... la profunda antipatia que inspira á todo el vecindario.

BARON. Diablo!

JUDAS. Sí. Han pensado, con razon, que nadie desempeñaria esta difícil embajada, con la delicadeza y urbanidad que yo.

BARON. Ciertamente, señor don Judas. De suerte que el horror que les inspiro?...

JUDAS. No se lo puede usted imaginar. Qué quiere usted, señor Baron! Hay personas á quienes no puede uno acostumbrarse, y usted es una de ellas... al paso que otras... yo, por ejemplo... así que me ven... Vamos, á mí adoran!

BARON. Es un don de lo naturaleza, señor don Judas...

JUDAS. Un don de la naturaleza, con efecto.

BARON. En conclusion: qué viene usted á proponerme?

JUDAS. (Este hombre me allana el camino.) Vengo á proponer á usted sencillamente, señor alcalde, que presente usted su dimision...

BARON. Cómo, cómo?...

JUDAS. Como usted guste... con tal que...

BARON. Y suponiendo que acceda yo á ese deseo... seria mi sucesor... el señor don Judas? no es esto?

JUDAS (Con satisfaccion.) Probablemente, señor Baron.

BARON. Pero... permítame usted: que sea yo alcalde, yo que no tengo mas opinion política que la de ser muy liberal con mis administrados... se entiende bien: pero usted, que hace la oposicion...

JUDAS. Siempre se empieza por ahí .. y luego...

BARON. Usted tiene sus principios...

JUDAS. Que si tengo principios?... Ya lo creo... y á escoger.

BARON. Ah! quiere decir?...

JUDAS. No ha oido usted el discurso que pronuncié esta mañana?

BARON. No.

JUDAS. Entonces, no es es extraño... No vuelve usted á ver cosa parecida. Qué entusiasmo!... justificado, eso sí... He tenido movimientos elocuentísimos!... (Levantándose.) Cuando me volví hácia Madrid con gesto amenazador!... de este modo...

BARON. No... Madrid está á la izquierda.

JUDAS. No; á la derecha.

BARON. Perdone usted; está á la izquierda.

JUDAS. En fin, mi apóstrofe fué á la derecha.

BARON. Lo mismo da. Quiere decir que la amenaza iba dirigida al pueblecito inmediato, que tiene cuarenta vecinos.

JUDAS. Es igual.

BARON. Para el efecto que ha de producir, enteramente igual.

JUDAS. Pero nos desviamos del objeto... (Continúa en pie.)

BARON. Al contrario, señor don Judas. Desde que llegué á este pueblo, juzgué que Villamenor seria lugar estrecho á nuestras dos ambiciones. Estamos aquí los dos, como César y Pompeyo en Roma.

JUDAS. Como César (Dándose en el pecho al pronunciar ese nombre.) y Pompeyo. Exactamente.

BARON. Y como no tenemos, como ellos, ejércitos que oponernos, decia yo ayer para mí: voy á proponer á don Judas que nos cortemos el pescuezo uno y otro á un tiempo.

JUDAS. (Sobresaltado.) Señor alcalde, esa es una proposicion salvaje!...

BARON. No consentiria usted en?...

JUDAS. Como hombre... tal vez; pero... como farmacéutico, es absolutamente contrario al espíritu de mi profesion.

BARON. Sin embargo... Si yo me obstino en no cederle á usted mi puesto?... (Se levanta.)

JUDAS. No ha reparado usted, señor Baron, la ironia de mi sonrisa?... Créame usted y no luche... no luche usted...

porque la derrota es segura. Tengo á mi favor al alto comercio, al clero y sus dependencias, á los bomberos; cuento con todo el ayuntamiento, porque saben sus individuos cuánto han menester al boticario en caso de enfermedad: cuento con el secretario por sus dolores de estómago; con Isabelo por la denticion de su niño: con el maestro de escuela por mi vino de quinina; con el tio Pablo...

BARON. (Interrumpiéndole.) Ingeniosa aplicacion de la farmacia á la popularidad!

JUDAS. De inmenso efecto, señor Baron. Y en prueba de ello, aquí tiene usted... (Le muestra un papel doblado.)

BARON. (Mirando con los lentes.) Alguna felicitacion?...

JUDAS. Una peticion de todo el ayuntamiento... que la dimision voluntaria de usted nos ahorraria el disgusto de cursar.

BARON. Hombre! Veamos á ver...

JUDAS. (Leyendo.) «Señor gobernador de la provincia.»

BARON. Ah! es al gobernador?

JUDAS. Pues. (Leyendo.) «En vista de los escandalosos acontecimientos que afligen á la municipalidad de Villamenor... esperamos que el mismo señor alcalde comprenderá...»

BARON. (Deteniéndole.) Cómo?... permita usted... Qué escándalos son esos?,..

JUDAS. (Sonriéndose.) Oh! eso, señor alcalde, pertenece á otro órden de hechos muy delicados...

BARON. Pero, qué hechos?

JUDAS. Oh!... hechos!... uf!...

BARON. Explíquese usted...

JUDAS. La peticion, quiere decir, que siendo usted á juicio de todo el pueblo... cómo diré yo?

BARON. Diga usted...

JUDAS. (Canario! no hay mas que una palabra, y esa no puede uno emplearla!) (Ap.)

BARON. Acaba usted, don Judas?

JUDAS. Estoy buscando, señor Baron, el modo de presentar la

cosa bajo un aspecto agradable... y no... no es fácil... tanto mas, cuanto que usted es un poco vivo de genio... va usted á dar un brinco!... y temo que no me toque á mí...

BARON. Segun eso... la cosa no se puede oir con paciencia?...

JUDAS. Eso depende del temperamento... Los hay que toman muy bien la cosa. «¿Qué quiere usted que le haga?» dicen... Y otros... otros, toman el cielo con las manos!

BARON. Lléveme el diablo si comprendo una sola palabra!

JUDAS. No... ni hay necesidad de que lo comprenda usted así... de repente. Poco á poco... á fuerza de rodeos ingeniosos... yo procuraré hallar la fórmula... aunque á la verdad, no es fácil... Esta pobreza de la lengua para explicar una cosa tan frecuente y tan comun!...

BARON. (Impaciente.) Se está usted burlando de mí, señor boticario?...

JUDAS. (Aterrado.) No señor, nada de eso... (No sé lo que me pasa.) Y si usted lo toma de ese modo. (Capaz es de ahogarme.)

BARON. Quiere usted decir por fin?...

JUDAS. Oh! jamás, señor Baron, Los acontecimientos se encargarán de instruir á usted.... Volvamos á la peticion: la curso? ó no la curso?

BARON. (Cogiéndola.) Sí, señor; va usted á cursarla, don Judas.

JUDAS. (Pesaroso.) Se niega usted á presentar su dimision... y ahorrarnos el dolor de?...

BARON. Ya verémos; pero de todos modos, no debemos privar al señor gobernador de este precioso documento... Hay que completarlo, porque no veo aquí su firma de usted.

JUDAS. Ya comprende usted, señor Baron, que mi delicadeza...

BARON. (En pie junto á la mesa.) No, señor, no: es necesario hacer las cosas en regla. Siéntese usted ahí, don Judas. Tome usted esta pluma.

JUDAS. Puesto que el señor Baron tiene gusto en ello... solo por complacerle... (Se instala á la mesa.)

BARON. (Cogiendo como por distraccion su baston, que está junto á la mesa.) Y tenga usted la bondad de escribir ahí: «Todos los que firman esta peticion»...

JUDAS. Vamos, una especie de *post-data*?

BARON. Sí; se han olvidado ustedes de poner sus títulos.

JUDAS. Cierto! cierto!

BARON. (Dictando.) «Todos los que firman esta peticion... (Con importancia.) individuos del ayuntamiento de Villamenor»...

JUDAS. (Escribiendo y repitiendo.) De Villamenor...

BARON. «Son unos tunantes.»

JUDAS. (Saltando.) Cómo!...

BARON. Un atajo de tunantes!

JUDAS. Señor alcalde! tal ultraje á toda la corporacion...

BARON. (Tranquilamente, jugando con el baston.) Le advierto á usted, señor don Judas, que aquí soy yo César!

JUDAS. (Intimidado por el juego del baston.) Está escrito... está escrito, señor alcalde... (Con no enviarlo, estamos del otro lado.)

BARON. Firme usted!

JUDAS. Tambien quiere usted que?...

BARON. Firme usted pronto! (Firma D. Judas.) Eso es. (Apoderándose del papel.)

JUDAS. (Queriendo cogerlo.) Eh?...

BARON. (Enterándose.) «Tunantes... Judas Rincon.» Perfectamente; y escrito y firmado del propio puño de usted... Este juicio vale mucho dinero, querido don Judas, mucho.

JUDAS. (Poniéndose en pie, asustado.) (Y es capaz de enviarlo!) Pero, señor Baron... lo va usted á enviar al gobernador?

BARON. No lo dude usted.

JUDAS. (Amenazándole.) Señor alcalde!

BARON. (Tranquilamente mirándole.) Qué hay?

JUDAS. Nada. (Calmándose.)

BARON. (Á Juan, que sale.) Está todo dispuesto?

JUAN. Solo esperan al señor Baron para dar principio á lo cohetes.

BARON. Está bien. Ahora, señor don Judas, si usted quiere seguir á Juan hasta la verja, verá usted los fuegos artificiales con que celebramos la victoria de Farsalia... (En la puerta.) Cuidado no vaya usted á equivocarse... Quedamos en que yo soy César, no es verdad?... (Váse).

JUAN. Usted ya sabrá ir solo hasta la verja del jardin, don Judas? Yo corro á ver los fuegos de cerca. (Váse corriendo.)

ESCENA V.

D. JUDAS, luego HILARION y ONOFRE. Anocheco.

JUDAS. (Consternado, saliendo de su aturdimiento.) Tengo calentura!

HIL. Pst!... (Apareciendo á una de las puertas del foro.)

ONOFRE. Pst! (Á la puerta del otro lado del foro.)

HIL. Qué hay? (Baja con precaucion al proscenio.)

ONORRE. Tragó el anzuelo? (Lo mismo.)

JUDAS. Enterito.

HIL. Envia la dimision? (Á media voz.)

JUDAS. Envia nuestra peticion. (Lo mismo.)

HIL. Él mismo?

JUDAS. Y con comentarios. Estoy perdido!... el ayuntamiento está perdido!!... Está perdido el pueblo de Villamenor!!

LOS DOS. Ah!

JUDAS. Y yo queria evitarle á ese hombre... andaba buscando perifrasis!... Pero no importa, voy á ponerle en caricatura con su mujer... (Cohetes á lo lejos y detonacion.)

LOS DOS. Sí, Sí.

JUDAS. Ese ruido?

HIL. Son los fuegos artificiales.

JUDAS. (Con viveza.) Toda la gente de la quinta está en los fuegos... De fijo nuestro galan aprovechará la ocasion de introducirse aquí, como la otra noche.

HIL. Es probable.

JUDAS. Corred á buscar á Isabelo, al tio Pablo y á Isidrico, que deben estar en el juego de bolos... Os espero en la huerta... junto á la noria.

HIL. Saldremos por la verja... pero para volver á entrar?...

JUDAS. Por la brecha... No: la han tapado ya con tablones... No sabes hacer la rana?

ONOFRE. Ya lo creo.

JUDAS. Bueno. Pues esa será la señal, y yo os abriré. Corred... no os detengais.

CLARA. (Desde adentro.) Paulina?

HIL. La señorita...

ONOFRE. Vámonos... antes de que se concluyan los fuegos. (Váse corriendo por la puerta izquierda del foro.)

JUDAS. Veremos á ver qué efecto produce el cohete que les preparo!

ESCENA VI.

CLARA y MARIANA vestida de baile. Cohetes y detonaciones lejanas.

CLARA. (Sale por la derecha del foro sin ver á D. Judas.) Paulina?... Dónde estará Paulina, que no ve los fuegos? Y ahora te vas al baile?

MAR. Tengo comprometidos los quince primeros bailes.. sean los que sean...

CLARA. Qué coquetona!... Llama á Agustina.

MAR. Á la doncella?... La señora Baronesa la ha dado licencia para ir á la funcion.

CLARA. Y quién me hace compañia hasta que venga la mujer de don Ciriaco?,..

MAR. Yo, señorita.

CLARA. No, no: tú no puedes faltar... qué dirian los muchachos? Pues no se armaria mala!... (Á Juan, que sale con luz.) Juan, ha cerrado usted bien todas las ventanas?

JUAN. Todas, señorita.

MAR. (Escuchando.) Ya suena la música... Van á empezar, sin que esté yo allí!

CLARA. Qué desgracia!

MAR. Con que señorita, con permiso de usted...

CLARA. Corre, hija, corre.—(Váse Mariana corriendo.) (Á Juan que

ha cerrado las dos puertas del foro y que va á cerrar la tercera de la derecha.) No... deje usted abierto ahí... está mi hermana en el jardin.

JUAN. Muy bien.

CLARA. Hay luz en su cuarto?

JUAN. Sí, señorita. Agustina lo ha dejado todo corriente antes de salir.

CLARA. Bien.

JUAN. Si la señorita quisiera permitirme ir á comer un bocado al cuarto del portero?

CLARA. Sí; pero no salga usted de casa; porque no hay nadie mas que usted.

JUAN. Ah! yo... ya sabe usted, señorita, que en tratándose de comer, no me acuerdo yo de bailes, ni... Gracias, señorita. (Váse.)

BARL. Esperaré aquí á Paulina... Dónde he puesto mi libro?... no lo veo por aquí.. ah! creo que lo dejé en el cuarto de mi hermana, sobre el velador... (Entra en el cuarto de la derecha.)

ESCENA VII.

ENRIQUE, á poco CLARA.

ENRIQ. (Sale por la puerta derecha del foro, despues de asegurarse de que no hay nadie.) No hay nadie... puedo arriesgarme... Felizmente he atravesado el jardin sin que me vean.— Todos están en la funcion... Y sin duda ella se ha quedado sola... Estoy un poco turbado... Ah! estas luces... apaguémoslas. (Apaga los candelabros. La escena queda alumbrada solamente por una lámpara que arde sobre la mesa cubierta con su pantalla.) Y esta puerta!...

CLARA. (Va á la del foro y corre una persiana, que hace ruido.) Eres tú, Paulina? (Desde el cuarto.)

ENRIQ. (Se detiene admirado.) Clara aquí!

CLARA. (Lo mismo.) Haces bien en cerrar... porque entra fresco.

ENRIQ. Ella es! qué contratiempo!

CLARA. (Lo mismo.) Has visto mi libro?

ENRIQ. (Qué haré?... sin duda irá á su cuarto y podré volver...) (Va á marcharse.)

CLARA. (Saliendo.) No me respondes?... (Viéndole.) Enrique!

ENR. (Á media voz.) Sí, Clara, yo...

CLARA. Aquí!... á estas horas!... Dios mio!... qué ha sucedido?...

ENR. (Con viveza.) Oh! nada...

CLARA. Su padre de usted acaso?

ENR. No, Clara; ya he dicho que no ha ocurrido nada.

CLARA. Entonces, cómo es que?...

ENR. Que he venido?... Es que... me ha parecido el dia eterno lejos de usted... y á riesgo de... de que me tenga usted por extravagante... me he valido de la llave... (Movimiento de Clara.) para entrar en el jardin... solo para verla á usted.

CLARA. Nada mas que para verme?

ENR. Puede usted dudarlo?

CLARA. Es una locura.

ENR. No tanto... puesto que se ha realizado mi deseo.

CLARA. Pues ya que se ha realizado, es preciso que se marche usted inmediatamente.

ENR. Acabo apenas de llegar, y quiere usted echarme ya?

CLARA. Basta con haber llegado... Á fé que hace usted buen uso de la llave, de que se apoderó á mi pesar... Si alguien le hubiera sorprendido á usted abriendo la puerta, de noche...

ENR. Oh! nadie, nadie me ha visto...

CLARA. Y Paulina, que está en el jardin!

ENR. Ah!... está en el jardin!... (Dudando entre el deseo de marcharse y el de quedarse.)

CLARA. Sí... con que, buenas noches.

ENR. Pero un momento, por Dios...

CLARA. Ni un instante.... Vamos... márchese usted. (Abriendo la persiana.)

ENR. (Ah! está encantadora esta noche!)

CLARA. (Vuelve al proscenio.) Ya está abierta la puerta.. con que...

ENR. Dos palabras tan solo!

CLARA. Ni una. Váyase usted.

ENR. Qué crueldad! cuando se me proporciona la ocasion de verme á solas con usted...

CLARA. Dentro de un momento me verá usted en el baile... Vamos!

ENR. Permítame usted...

CLARA. Oh! qué obstinacion!... la culpa tengo yo en consentirle á usted tanto... Vamos, tenga usted juicio.

ENR. Si lo tengo.

CLARA. No tal... Esto no está bien.

ENR. No es bueno vernos aquí solos y poder hablar como otras veces?

CLARA. Yo no he dicho que no sea *bueno*, he dicho que *no está bien.*

ENR. Por qué?

CLARA. No sé... pero en fin, no debemos hacerlo.

ENR. Pero conmigo?...

CLVRA. Precisamente con usted... Vamos, Enrique; márchese usted, amigo mio, que tengo miedo.

ENR. Qué teme usted?

CLARA. Temo que nos encuentren aquí... y usted que quiere guardar tan rigoroso secreto, que ni aun de Paulina se fia... si llega á venir...

ENR. No... Paulina está paseándose.

CLARA. Ah! (Enfadada.)

ENR. (Con viveza.) Y precisamente tenemos que ponernos de acuerdo... acerca de la marcha que hay que seguir con ella... Me parece que esto es serio... no dirá usted que hablo de cosas que no son formales... (La hace sentarse.)

CLARA. (Sentada, con los ojos fijos en el reló.) Pues bien, le doy á usted cinco minutos... y... nada mas.

ENR. Diez siquiera!

CLARA. Cinco.

ENR. Diez... si no... no podré decir nada.

CLARA. Sean diez... Hable usted deprisa... Tengo los ojos fijos en el reló.

ENR. (Sentándose junto á ella.) Quiero decir á usted... Pero mireme usted un poco.

CLARA. No, no... Vamos al asunto. Despáchese usted.

ENR. Clara!

CLARA. Ocho minutos... quiere usted hablar con formalidad?

ENR. No volverá usted un poquito los ojos hácia aquí?

CLARA. No!

ENR. Oh! que sí!...

CLARA. Oh! que no!

ENR. Sí, por Dios! La hablaré á usted con tal ternura... mis miradas buscarán las de usted con tanta obstinacion, con tanto amor... que en vano esas preciosas manos tratarán de impedir que me oiga usted, tapándose los oidos... que en vano volverá usted á otra parte los ojos para no verme... Su corazon de usted no perderá una sola de mis palabras... ni una de mis miradas... á pesar de que Clara no es buena conmigo!

CLARA. (Turbada.) Porque soy una cobardona .. y no tengo carácter!...

ENR. Porque me ama usted, Clara, como yo la amo. (Besándola la mano.)

CLARA. (Separándose.) Si llegase á venir Paulina!...

ENR. Dejemos á Paulina!... Quién piensa en ella?

CLARA. (Inquieta y desazonada.) Y este es el modo que tenemos de hablar formalmente?

ENR. Qué cosa mas formal que hablar de nuestro amor!

CLARA. (En pie, alejándose de él.) Ay, qué mal hice en consentir que se quedara usted con la llave!

ENR. (Siguiéndola.) Insiste usted todavia en eso?

CLARA. Estoy descontenta de mí misma... no sé lo que me pasa... tengo miedo... Enrique, váyase usted... yo se lo ruego!

ENR. Bien: me iré, sí.

CLARA. Acabe usted...

ENR. Cuando me haya usted dicho que me ama.

CLARA. Pues bien; sí... sí... pero, váyase usted.

ENR. Oh! así, no...

CLARA. Yo se lo diré á usted en el baile, dentro de un momento.

ENR. Ahora, y me marcho en seguida.

CLARA. De veras?

ENR. Palabra de honor.

CLARA. Pues bien... no puedo, vamos...

ENR. Por qué?

CLARA. Porque... no sé. En todo el dia no he dejado un solo instante de pensar en usted... y sin embargo .. no me complace verle aquí en este momento... al contrario... me entristece!

ENR. Clara, amiga mia!...

CLARA. No sé lo que es; pero por mas que usted me diga... yo tiemblo, me estremezco... y eso consiste seguramente en que hago mal en estar hablando aquí con usted... sí; cuando no se obra mal no se tiene miedo... y yo lo tengo!

ENR. Usted obrar mal, Clarita!

CLARA. Sí, sí, Enrique, y usted no debe estar aquí.

ENR. Pero, querida Clara!

CLARA. No; nada escucho; estoy inquieta; agitada. Eso no es natural... no, no lo es que me cueste tanto pesar el verle á usted... que... en fin mi emocion es tal... que no puedo contener por mas tiempo las lágrimas! (Cae en una silla, llorando.)

ENR. Llora usted? por qué?

CLARA. Si... no queria, pero no he podido contenerme mas tiempo!...

ENR. (Conmovido.) Llorar!... llorar por mí!... Ah! perdon, perdóneme usted Clara, y no llore mas... amiga mia!...

CLARA. Es ridículo, ya lo sé...

ENR. Ridículo?... no tal... ese llanto es dulce, es bueno... Sí; tiene usted razon... Soy mas culpable de lo que usted crée... y usted, Clara, es un ángel, á quien adoro y que me salva de la accion indigna que iba á cometer.

CLTRA. Usted?

ENR. (Continuando con calor.) Esas lágrimas, que bendigo, so las que me hacen ruborizarme de mí mismo... ahor

partiré... Sí; saldré de aquí como un malhechor... avergonzado de mi accion y orgulloso de haberme libertado de cometerla... Usted me vuelve á mi deber, á la virtud... Usted, que es la aurora de mi corazon... mi único, puro y verdadero amor!

CLARA. Si... Váyase usted... (Gozosa.)

ENRIQ. (Dejando la llave sobre la mesa. (Pero antes... tome usted esta llave, cómplice de mi falta... tómela usted, no quiero conservarla, Clara! su contacto me abrasa! Á la puerta.) No quiero volver á entrar aquí, sino por la puerta principal... por donde todos me vean, como un hombre honrado, cuando venga á pedir de rodillas su mano de usted y con ella la ventura de mi vida.

CLARA. Hasta mañana, pues!

ENRIQ. Hasta mañana!

CLARA. Oh! ahora... ya puedo decir que le amo á usted!

ENRIQ. Y yo?... Adios!... (Váse precipitado.)

ESCENA VIII.

CLARA, luego PAULINA.

CLARA. (Sola.) Ah! puedo respirar tranquilamente... Con tal que no se pierda en el jardin... (Se asoma á la puerta, como siguiéndole con la vista.)

PAUL. (Saliendo de su cuarto.) Que... todavia está abierto aquí?... Clara!

CLARA. (Yendo á ella.) Al fin te encuentro!...

PAUL. Qué tienes?... estás conmovida!...

CLARA. Sí... me quedé sola... y he tenido un poco de miedo.

PAUL. Te espera doña Dolores en la verja... creí que estabas con Mariana.

CLARA. Se marchó al baile... y como tú has dado tambien permiso á tu doncella... me necesitas?

PAUL. No, querida: anda, vé á bailar, vé.

CLARA. Pues dame un beso... y mañana te diré una cosa...

PAUL, Qué ?

CLARA. Dame un abrazo muy apretado... (Al oido.)

PAUL. Como siempre.

CLARA. No... un poco mas apretado que los demas dias... Mañana te diré...

PAUL. Pero, por qué no ahora?

CLARA. Mañana, mañana! (Váse por la derecha.)

ESCENA IX.

PAULINA, sola.

Un secreto!... pobrecilla!... el tuyo será de esos que se pueden saber, mientras que yo, apenas me atrevo á confesarme á mí misma!... Qué ligereza la mia tan imperdonable! Qué dia!... qué temores!... Si le verian anoche... Si á pesar de habérselo prohibido, tratara de volver y le sorprendieran!... Yo era dichosa, vivia tranquila, adorada... ah! qué mujer mas amada que yo?... Qué falta me hacia el terror de que estoy siendo víctima?... Dios mio! Dios mio!... tengo un miedo!... me ahogo!... (Abre la ventana de la derecha) La noche está serena... no oigo mas que el murmullo del viento en las hojas de los árboles... y muy lejos el ruido de la fiesta...

ESCENA X.

PAULINA, el BARON.

BARON. (Entra precipitadamente por la derecha.) Cómo!... todavia levantada?...

PAUL. (Estremeciéndose.) Sí... estaba... tomando el aire.

BARON. (Afectuosamente y llevándola al proscenio.) La maldita jaqueca, eh?

PAUL. No me deja sosegar.

BARON. Ten cuidado, querida... quizá el frio te perjudique...

PAUL. No!... al contrario.

BARON. Y estás sola?

PAUL. Sí: Clara... acaba de marcharse, y he dado permiso á

las criadas para que vayan al baile.

BARON. Tambien yo vengo de ese famoso baile... y he tenido que recordar mis buenos tiempos bailando un rigodo con doña Dolores.

PAUL. Has bailado?

BARON. Por consejo de Clara... Para adquirir popularidad... Las muchachas brincan que se las pelan!... No debia haber en los pueblos mas que muchachas... ¿Qué miras?

PAUL. (Que escucha con inquietud como si oyera algo en el foro.) Nada.

BARON. Esa ventana, no es verdad? Hace fresco esta noche.

PAUL. No; déjala abierta, te lo ruego. (Me engañé, era el viento.)

BARON. Estoy aquí charlando, y tú tienes necesidad de descanso... perdona, querida. Por qué no te retiras á tu cuarto?

PAUL. Tiempo tengo de aburrirme en mi cuarto. Voy á ir quitándome poco á poco...

BARON. Es verdad. Quieres que te sirva yo de camarera?

PAUL. No he de querer? (Sonriéndose.)

BARON. Verémos... trataré de no cometer muchas torpezas. Empecemos por los pendientes, no es verdad?

PAUL. Como gustes.

BARON. (Empezando á quitarle un pendiente.) Qué oreja tan bonita tienes!...

PAUL. Lo reparas ahora?

BARON. Ah! no; cuando te hacia la corte, ya lo reparé. (Pasa por detrás de ella para quitarle el otro pendiente.) No hay una sola de tus facciones que yo no haya estudiado detenidamente para enamorarme de todas ellas...

PAUL. Ah!...

BARON. Te he lastimado?...

PAUL. Un poco...

BARON. Perdona... me distraje... Vamos, no ha sido nada. Dónde ponemos esto?

PAUL. En su caja; ahí sobre la chimenea.

BARON. Te arde la mano!... tienes calentura?...

PAUL. Un poco...

BARON. No puedes figurarte cuánto siento no poder hacer nada para ahorrarte un solo dolor... Daria cuanto tengo por comunicarte esta noche un poco de mi alegria!...

PAUL. Eres el mejor, el mas amable de los hombres!

BARON. Y la mas torpe de las camareras!... Vamos á las pulseras .. (Se oye en el jardin un grito prolongado, como si llamaran á alguien: le responde otro grito.)

PAUL. Has oido?...

BARON. (Sorprendido.) Qué significa eso?

PAUL. (Muy turbada.) No sé...

BARON. Es en el jardin!...

PAUL. Es en el jardin?

BARON. No hay duda... Unos gritos tan particulares... parecen señas convenidas...

PAUL. Qué idea!... cierra esa puerta... Tengo mucho frio! Espera un momento. Chst!...

PAUL. Qué?

BARON. Me llaman...

PAUL. (Cada vez mas turbada.) No he oido...

JUAN. (Dentro.) Señor Baron! señor Baron!

BARON. Bien decia yo... me llaman.

JUAN (Aparece sin aliento á la puerta) Señor Baron, pronto!

BARON. Qué sucede?

JUAN. Un malhechor en el jardin.

PAUL. (Ah! es él!)

BARON. (Sorprendido.) Un malhechor?... Cómo?... quién es?...

JUAN. No lo sé, señor Baron. Unos hombres del pueblo le han visto entrar... y le han cortado la retirada... es imposible que se escape.

BARON. Bah! algun borracho... (Coge el sombrero. Juan vuelve á mirar á la puerta del foro)

PAUL. Qué? vas á ir?

BARON. Qué quieres que haga?

PAUL. Amigo mio... por Dios!...

BARON. Ya estás pálida!... á qué viene eso? Será alguno que se ha achispado en la funcion, y se habrá entrado aquí ..

(Como asaltado por una idea repentina.) Toma, por la brecha; es claro... Por la brecha se habrá metido.

PAUL. Dios mio! Dios mio!

BARON. Tienes miedo?

PAUL. Terrible! (Pudiendo hablar apenas.)

BARON. Vamos, vamos... no seas niña... Y no hay aquí nadie que... Mira, súbete al cuarto de Clara (Abriendo la puerta de la izquierda.) y cierra la puerta.

PAUL. Sí... (Va á la puerta y desaparece por ella.)

BARON. Bien. Y por dónde es, Juan?...

JUAN. (En el foro.) Hácia el paseo de las lilas...

BARON. Toma tú por la izquierda... yo iré por la derecha. Vuelvo pronto, Paulina; enciérrate... vuelvo al momento. (Váse por el foro.)

ESCENA XI.

PAULINA, luego ENRIQUE.

PAUL. (Sola. Sale asustada, falta de fuerzas, apoyándose en el quicio de la puerta.) Es él, sin duda! Le acechaban... le han visto!... Ah! esa era la desgracia que yo presentia!... Y qué he de decir? (Baja al proscenio.) Ah! diré la verdad... lo confesaré todo. Prefiero eso... aunque me cues vida. Soy menos culpable de lo que parece ..¡Sí; pero todo me acusa... En vano juraré... no querrá creerme... y él... que es tan colérico... que hace un momento no comprendia que aquel marido hubiera perdonado á la mujer!... Dios mio! qué abismo!... qué va á ser de mí!... estoy perdida!

ENR. (Saliendo por el foro, precipitado en el mayor desórden.) Me persiguen por todas partes!... No me queda otro recurso que refugiarme aquí!

PAUL. (Al verle.) Ah!

ENR. (Mirando en derredor.) Paulina! Una puerta... indíqueme usted una salida... Ahí?...

PAUL. Es el cuarto de Clara.

ENR. Aquí?

PAUL. Es mi cuarto!... huya usted!

ENR. Imposible... me persiguen por todas partes!... (Furioso.) Oh! mataré al primero que se me acerque!

PAUL. Ah! mi marido!...

ENR. Bien: me dejaré prender...

PAUL. Pero... hay que buscar una diculpa... un pretexto... Yo no discurro... no sé... estoy loca!

ENR. Y qué pretexto he de buscar?... creí poder librarme huyendo... me han visto!... Qué quiere usted que diga ahora?

PAUL. Entonces... no hay remedio!... me matará!...

ENR. Á usted?

PAUL. Sí... usted me ha perdido... usted que está aquí, contra mi voluntad. Oh! es una cobardia!... una infamia!...

ENR. Señora!...

PAUL. Por qué no huye usted de mí, como yo lo hacía. Yo, que no queria volver á verle á usted... Por qué, por qué ha venido usted? Es usted un miserable!... empeñarse en amar á una mujer á la fuerza, contra su voluntad!...

ENR. Tiene usted razon...

PAUL. Y para qué huir?... si se hubiera usted quedado allí... cualquier disculpa bastaba... Pero huir por segunda da vez... Qué se dice ahora? Un hombre que huye de noche, es un amante ó un ladron...

ENR. (Asaltado de una idea repentina.) Ah! es verdad, un ladron!

BARON. (Dentro.) Por aquí! por aquí! (Enrique apaga la luz rápidamente.)

PAUL. Ah! ya vienen! yo muero! (Desfallecida.)

ENR. No... Paulina... está usted salvada!

PAUL. Salvada! (Repitiendo maquinalmente, sin comprenderle.)

ENR. (Á media voz, llevándola á la puerta izquierda que quedó abierta.) Sí, sí, valor. Silencio, y déjeme usted hacer á mí: ah! (La arranca el brazalete.) Se ha salvado usted! (La obliga á entrar y él se queda á la puerta.)

ESCENA XII.

ENRIQUE, el BARON, D. JUDAS, HILARION, ONOFRE, otros ALDEANOS, JUAN y lacayos.

Enrique cierra la puerta y se lanza para escaparse por el foro, así que dice el Baron las primeras palabras.

BARON. (En el foro.) Quedaos ahí, y guardad todas las puertas! (Al ver á Enrique le coge por el pescuezo.) Ah! bribon! qué haces en mi casa?

ENR, (Humilde y cobardemente.) Señor Baron! no me pierda usted, en nombre del cielo!

BARON. Eh?

ENR. Le devolveré todo... Perdóneme usted... se lo suplico!... Aquí estan los diamantes! (Saca del bolsillo el brazalete que llevaba puesto Paulina.)

BARON. Los diamantes!

ENR. (Señalando la caja.) Sí... ahí... en la caja... estaba solo, señor Baron!... soy un desgraciado hijo de familia... Que no me vean, por Dios! piedad, piedad de mí!

BARON. Miserable! (Enrique cae sobre una silla cubriéndose el rostro con la mano que le queda libre: el Baron le tiene fuertemente agarrado por la muñeca de la otra. Los demas personajes han bajado á la escena.)

JUDAS. Qué tal, señor Baron? (Con malicia.)

BARON. Tenian ustedes razon, señores, no es un borracho.

LOS TRES. Ah!

BARON. Es un ladron.

LOS TRES. (Desconcertados.) Un ladron? (Paulina aparece sin ser vista á la puerta de la izquierda, que tiene abierta.)

BARON. Pillado in fraganti... (Enseñando el brazalete que tiene Enrique en la mano.) Los diamantes de mi mujer, que habia dejado sobre la mesa. (Los tres se quedan mirándose en el proscenio.)

JUDAS. Golpe en vago. (Tratando de verle la cara á Enrique.)

ONOFRE. Pícara suerte! (Consternado.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

El gabinete del Baron: puerta en el foro que da á una antesala, balcon al jardin; puertas laterales.—Aun es de noche.—Una lámpara ilumina la escena.

ESCENA PRIMERA.

ENRIQUE, solo, en pie, recostado en el respaldo de una silla.

Qué me sucede?... No quiero pensar en ello... Me he precipitado en este abismo... sin dar oidos á mi conciencia!... Qué expiacion!... Y sin embargo... he cumplido con mi deber... he salvado á una mujer á quien habia comprometido, sin hacer caso de sus ruegos... de sus súplicas!... (Da la una.) La una! falta mucho para amanecer... y si no fuera por esos malditos campesinos; aun podria escaparme... Ah! si pudiera huir!... El balcon no está tan alto... á riesgo de lastimarse un poco... pero estan todos ahí... (Mirando.) armados... Son lugareños... se trata de un forastero... no se mueven de ahí hasta que me vean en poder de la justicia... Es imposible huir! Y me expongo á perder á esa pobre mujer, que no lo merece... á turbar el reposo de ese hombre

honrado á quien intenté, aunque felizmente en vano, ultrajar!... es preciso que me mantenga en lo dicho, que me acuse yo mismo con mas ahinco, con mas perseverancia que emplearia para defenderse un verdadero criminal... Es preciso... y tendré valor para hacerlo!... Diciendo que he venido por Clara... tal vez conseguiria librarme... Pero mezclar el nombre de esa niña tan pura!... Oh!... jamás. (Se abre la puerta del foro y aparece el Baron.) Es él! Vamos: un poco de sangre fria y Dios dirá.

ESCENA II.

ENRIQUE, el BARON.

BARON. (Despues de observarle un momento.) (Hay algo de raro en este asunto que no acierto á explicarme... Y este jóven tiene buen aspecto, buenas maneras...) Vamos á ver: mientras viene el Comisario de policia, á quien he enviado á buscar á la quinta del Olvido, y que tardará todavia cosa de media hora, no le parece á usted que podriamos hablar un poco del negocio? .. eh? Como alcalde, tengo derecho á interrogar y hasta á instruir las primeras diligencias... pero soy parte interesada en el asunto y no quiero proceder á la formacion de una sumaria en regla... Sin saber por qué, lamento la situacion en que usted se encuentra. Ea, siéntese usted ahí, enfrente de mí.

ENR. Gracias, señor, yo...

BARON. Nada; siéntese usted... Me parece que no tengo un aspecto tan feroz, eh? Vamos, responda usted categóricamente... La franqueza es en determinados momentos un gran consuelo! Qué edad tiene usted?

ENR. Veintitres años.

BARON. Buena edad!... y emplearla así!... Por vida de!... Se llama usted?

ENR. Enrique.

BARON. El apellido?...

ENR. Ah señor... le ruego á usted que hasta que sea absolu-

tamente preciso, me dispense de decirlo. Por mas rebajado que me vea en este momento... soy de familia honrada, y antes de que recaiga en ella mi vergüenza...

BARON. Comprendo... Pobre gente! Segun eso, ni el ejemplo, ni la educacion ...

ENR. No señor.

BARON. Todo lo cual, hace que sea usted mas culpable...

ENR. Sí señor; es ver ad.

BARON. Entonces, qué motivo?...

ENR. Un arrebato... las circunstancias...

BARON. Es necesario que precisemos un poco mas: los vicios! No es esto?

ENR. Ay! sí señor; los vicios!

BARON. Que dan por resultado venir á escalar una tapia... porque usted ha tenido que escalar la tapia? no es verdad?

ENR. Sí señor.

BARON. Y qué trataba usted de hacer al penetrar en mi casa?

ENR. Estaba desesperado. Salí de Madrid en una situacion horrorosa... mañana me aguardaba la deshonra... una cantidad... que no tenia... me iban á prender... No me atreví á escribirle la verdad á mi padre...

BARON. Que reside fuera de la córte? Y usted, de seguro, estaba empleado en alguna casa de comercio?...

ENR. Precisamente. Sí señor.

BARON. Muy bien; quiere decir que ha abusado usted de la confianza que le dispensaban, distrayendo los fondos?...

ENR. Sí señor.

BARON. Desgraciado! Apostaria á que el juego ha sido la causa!...

ENR. El juego, sí señor... y vine á este pueblo... sin saber cómo... loco! La fatalidad hizo que oyera hablar esta mañana de la riqueza de esta casa... de las alhajas, de los diamantes de la señora Baronesa...

BARON. (Ese animal de boticario, con sus discursos!)

ENR. El baile de esta noche... la presuncion de que todos acudirian á él... Me decidí á penetrar en el jardin... En este tiempo se dejan ya abiertas las ventanas... creí que encontraria algunas alhajas!... (Respirando, despues

de los esfuerzos que ha hecho para inventar esta relacion.)

BARON. El plan no estaba, con efecto, mal combinado. Pero, cuando se apoderó usted de los diamantes, no sabria usted que le perseguian?

ENR. No señor.

BARON. Y una vez en posesion de ellos, qué pensaba usted hacer?

ENR. No lo habia calculado... no sabia lo que me pasaba!... Ahora es cuando veo lo que he hecho!... Veo que he comprometido la felicidad de toda mi vida por un momento de extravio!... veo que me he perdido para siempre! (Con emocion.)

BARON. (Todo esto parece muy natural.) (Acercándose á él.) Vamos, no es usted tan culpable acaso... Á los veintitres años... las malas compañias... algun cómplice...

ENR. (Con prontitud.) No señor; no tengo ni aun esa disculpa.

BARON. Y ha venido usted aquí solo?

ENR. Solo.

BARON. Qué sé yo!... Apostemos á que no me dice usted la verdad... á que anda en este negocio por lo menos una persona...

ENR. Una persona?...

BARON. Una mujer; sí.

ENR. Una mujer! (Estremeciéndose.)

BARON. Lo vé usted?... Voto al diablo! Á esa edad!... no hay remedio. La de Cárlos tercero: Quién es ella?

ENR. Ah! le juro á usted... (Inquieto, mirándole.)

BARON. (Notando su turbacion.) No hay que jurar... Se está usted haciendo traicion á sí mismo... Tiembla usted, y es de seguro por ella!

ENR. (Ah! dice bien!)

BARON. Alguna buena pieza, eh?

ENR. Ah! no señor; no!

BARON. Entonces, es alguna jóven á quien ha tratado usted de seducir....ó será una mujer casada?... Está usted en la edad de... (Enrique se cubre el rostro sin responder.) Vamos, es casada... es claro... Ese terror... teme usted que se va á descubrir!... Dios mio! Tener un hijo, educarle

para que sea honrado y virtuoso; ser con él constantemente tierno y solícito, para que todo... honra, virtud, probidad, porvenir, vaya á perderse miserablemente á los pies de la primera mujer que pase...

ENR. (Es verdad!) (Ap. con dolor.)

BARON. Las lágrimas, la desesperacion del pobre padre, qué importan?... Apuesto, desventurado, apuesto que a lanzarse usted á la ventura en ese golfo, no ha pensado siquiera en su padre?

ENR. Ah! mi pobre padre!... No señor; no he pensado en él! (Conmovido.)

BARON. Y le ama usted, sin embargo?...

ENR. Sí le amo!...

BARON. Y por qué no pensó usted en él, hijo ingrato? En este momento estará durmiendo... sueña con la ventura de su hijo!... le crée dichoso, honrado, querido de todos... Piensa en casarle... en verse reproducir en sus nietos... en acariciarlos!... Y la esperanza de ese paraiso de su vejez, le hace derramar lágrimas de ternura!... Pues todo eso es mentira... Despiértate, anciano! tu hijo no va al altar con la inocente jóven que le destinas... no: va á la cárcel entre dos soldados: no pienses en la felicidad que le aguarda: mira el escándalo de que es objeto! No va á hallar el amor en brazos de la tierna esposa: va á encontrar la infamia en el fondo de un calabozo! Te entregaste al sueño, dichoso padre de un jóven honrado, y vas á despertar, teniendo por hijo un bandido que ha entrado á robar en una casa, porque tropezó en su camino con una mujer casada á quien distraer de sus deberes!

ENR. Ah! por piedad, señor, no mas!...

BARON. Por qué no ha pensado usted en eso, desdichado?

ENR. Si lo hubiera pensado... puede usted creer...

BARON. Y ahora es demasiado tarde!... Va usted quizá á matar á ese pobre padre!!

ENR. Ah! no, no!... aun puedo... (En la mayor agitacion.) todavia es tiempo...

BARON. De qué?

ENR. Oh!... de nada: es verdad!

BARON. (Enternecido del estado en que le vé. Ap.) (Llora!...) Vamos... siéntese usted... no puede usted sostenerse... (Enrique cae en una silla, sin hablar.) (No tiene mal fondo!... hay corazon... ese dolor es verdadero!... aun puede llegar á ser hombre de bien.) (Alto.) Se siente usted mejor?

ENR. (Haciendo un esfuerzo para contestar.) Sí señor.

BARON. Ahora no se trata de pensar en el mal que se ha hecho... Pensemos únicamente en el modo de remediarlo. Ha meditado usted bien acerca de su posicion?... Tiene usted alguna idea?... qué piensa usted hacer?...

ENR. Nada. (Con desesperacion.)

BARON. Nada absolutamente?...

ENR. Nada!

BARON. Veo que soy mas diestro que usted, porque á mí se me ha ocurrido algo. (Enrique le mira asombrado.) Un poco arriesgado es... pero, en fin, no veo otro remedio. Me parece muy peligroso que espere usted aquí al Comisario de policia; y así, lo mejor que puede usted hacer es escaparse... (Enrique le mira cada vez mas sorprendido.) Sí... echar á correr.

ENR. Ah! señor!... y es usted quien?...

BARON. (Sonriéndose.) Digo!... lo que es sin mi ayuda, no creo que seria fácil.

ENR. Y es á usted, señor, á quien deberia?... á usted?...

BARON. Vamos, vamos... no hay que llorar ahora de alegria.

ENR. (Levantándose.) Ah! si usted supiera!... Dios mio!... cuán horribles me parecen mis faltas en este momento!

BARON. Así lo he creido... y porque veo que las aprecia usted en su justo valor, le condeno á repararlas con su buena conducta... Le conviene á usted el trato?

ENT. Dios mio!

BARON. Pero, entendámonos: la primera condicion es, que ha de renunciar usted á la que ha sido causa de todo.

ENR. (Con viveza.) Ah!... ya he renunciado á ella, señor. La leccion ha sido bien dura y... la bondad de usted sola

bastaria...

BARON. Quiere decir que, á pesar de la moral, de los principios que hoy corren por el mundo entre los jóvenes de la edad de usted?...

ENR. Á pesar de todo... (permítame usted que le pruebe que he aprovechado la leccion.) No olvidaré en mi vida que el que se introduce secretamente en una casa, para robar á un hombre de bien el amor de su mujer, la honra de su nombre, la alegría de su existencia, la paternidad de sus hijos, es un ladron tan infame... mas infame que el que entra á robarle sus diamantes...

BARON. Sí...

ENR. Y ladron, mas criminal... mas! El uno roba alhajas que pueden reemplazarse; el otro se lleva el tesoro del corazon, que es imposible recuperar!

BARON. (Con viveza.) Bravo!... de aquí en adelante va usted á ser otro hombre.

ENR. Lo juro... Sí, señor.

BARON. Pensemos ahora en el modo de fugarse...

ESCENA III.

ENRIQUE, el BARON, JUAN.

JUAN. Puede usia recibir?...

BARON. Es el Comisario? Tan pronto?

JUAN. No, señor: es don Modesto Revilla.

ENR. (Mi padre!)

BARON. Ah! tanto mejor... que suba!...

ENR. Aquí?... (Muy turbado.)

BARON. Es verdad. Es preciso primero... (Abre la puerta de la izquierda.) Entre usted ahí... en mi biblioteca... y un poco de paciencia... Voy á trabajar en obsequio de usted.

ENR. Gracias, señor... (Mi padre! qué fatalidad!... á qué viene aquí?... (Entra en la biblioteca.)

BARON. Llega muy á propósito para ayudarme.

ESCENA IV.

El BARON, D. MODESTO, con una maleta, sin aliento, en un estado lamentable.

BARON. Qué significa ese equipaje?...

MOD. (Levantando el brazo al cielo.) Ay! señor alcalde de mi alma!

BARON. Qué ocurre?

MOD. Tunantes!... maldito pueblo!

BARON. Pero hable usted... qué le han hecho?

MOD. Todo... y mas aun... Una cosa peor que cuanto me habia usted anunciado!

BARON. El bárbaro de Onofre?...

MOD. Sí, señor... ese camello... ese orangutan de tio Onofre!...

BARON. Diga usted, diga usted...

MOD. Así que se acabaron los fuegos artificiales, me hallaba en casa cansado, muerto de sueño, y solo, porque mi hijo fué al baile y Francisca tambien. Iba á acostarme, cuando oigo una explosion y en seguida un grito salvaje: Fuego!... Los pilletes que estaban entreteniéndose en tirar cohetes en la plaza, acababan de dirigir uno de intento al cobertizo de la estufa... se prende un pedazo de estera, y empiezan á gritar: fuego!... fuego!... que traigan la bomba!... «No; no hay necesidad,» les decia yo... basta con un jarro de agua... y ellos, nada!... Llega el condenado Onofre hacha en mano... me rompen la verja... la bomba en seguida... yo doy voces en vano... empiezan á tirar los trastos por las ventanas; cercan la casa, me plantan, *velis nolis*, de patitas en la plaza... El impetuoso chorro de la bomba inunda mi cuarto, la cama, los armarios... conviértese aquello en un rio... Nadaban las sillas!.. Ah! señor alcalde!... por qué le ocurrió á usted la idea de darles esa maldita bomba!...

BARON. Y por fin?

MOD. Por fin, estoy aquí... gracias al consejo de un hombre

de bien (que hasta en las razas mas crueles suele hallarse alguno) que me dió esta maleta diciéndome: «Ahí tiene usted un poco de ropa... algunas camisas... Váyase usted á casa del alcalde, y allí le darán una cama... Oh! y no se contentó con eso, sino que me ha ayudado á llegar hasta la puerta de esta casa... Es todo un hombre de bien!

BARON. Quién?

MOD. Excelente corazon. Hilarion, el tendero...

BARON. Hilarion!... aquí hay gato encerrado!...

MOD. Qué dice usted?

BARON. En fin, poco importa. Venga de donde venga, el consejo es bueno. Siéntese usted y tranquilícese. Es negocio de un poco de paciencia. Dentro de ocho dias, ya podrá usted volver á su casa ..

MOD. Jamás!

BARON. Cómo?

MOD. Jamás: no vuelvo á entrar en ella. Oh! calle de Postas! no tardarás en verme, y curado radicalmente de la mania del campo... Cuando quiera ver árboles y flores, me iré al Retiro, ó al Botánico, ó á la plazuela de Santa Ana... allí puede uno respirar á sus anchas!...

BARON. Bah! así que se seque todo, ya verémos... Ahora, quiere usted hacerme un servicio para distraerse?

MOD. Qué pregunta, señor Baron! pues no he de querer?

BARON. Se trata de pegársela á esos mismos patanes...

MAR. Magnífico!

BARON. Oiga usted. Esta noche se ha introducido en mi jardin!...

MOD. Algun malhechor?

BARON. Un ladron.

MAR. Á quien ellos mismos acaso habrán aconsejado?

BAROM. No... es de Madrid.

MOD. Entonces...

BARON. Á mí se me ha figurado que ese pobre diablo está ya arrepentido, y me dá lástima. En fin, quisiera dejarlo escapar; pero como soy alcalde, es muy delicado... Se aguarda de un momento á otro al Comisario de policia...

y ya se hace usted cargo, que cuando llegue no le puedo decir que he dejado escapar al ladron, dándole las gracias encima.

MOD. Ya comprendo.

BARON. Pero usted, que no tiene cargo público... Á usted le confio ese jóven un momento: usted se descuida... y él se escapa... El Comisario le echa á usted una peluca... y se acabó; y si no les gusta á los del pueblo...

MOD. Quisiera tener en este cuarto á todos los malhechores de todos los paises del mundo, para soltarlos por el pueblo como una bandada de mosquitos!

BARON. Con que, lo dicho?...

MAR. Lo dicho.

BARON. Corriente. Hay seis del pueblo de centinela con sus escopetas... Voy á llevármelos á la reposteria, y así que esten echando un trago...

MOD. Admirablemente pensado. Dónde está ese hombre?

BARON. El jóven?

MOD. Ah! es un jóven?

BARON. Sí. Está ahí en la biblioteca: quiere usted verle?

MOD. No, no... cuanto mas lejos...

BARON. (Riéndose.) Voto va! no tenga usted miedo...

MOD. Siempre de noche... causa cierto respetillo...

BARON. Así que así, tampoco tiene él muchos deseos de que le vean... dice usted bien: ahí está mejor.

MOD. Cien veces mejor!

BARON. No necesitamos mas tiempo que el indispensable para poner á esos ganapanes en relaciones con un par de botellas... y vuelvo en seguida: le abrimos la jaula, y negacio concluido.

MOD. Perfectamente.

BARON. Aquí me tiene usted antes de cinco minutos. (Váse por el foro.)

ESCENA V.

D. MODESTO, á poco ENRIQUE.

MOD. (Solo.) Con que el ladron está ahí... Felizmente no es de este pueblo!... (Sale Enrique con precaucion, y despues de asegurarse de que no está el Baron, se presenta á su padre.)

MOD. (Estupefacto.) Enrique!

ENR. Silencio, por Dios!

MOD. Pero... qué haces aquí?... Dónde está ese malhechor.. ese ladron?...

ENR. Soy yo. (Con viveza.)

MOD. Cómo?...

ENR. Pero ya conoce usted que en eso hay error... es un secreto... Por Dios! no diga usted una palabra, si no quiere deshonrar á una mujer!

MOD. (Bajando la voz.) Deshonrar, á quién?... Dime?

ENR. Me han sorprendido en el cuarto de la Baronesa!...

MOD. Cómo? La Baronesa de que hablamos esta mañana?...

ENR. Es esta. (Interrumpiéndole.)

MOD. Y por estar cerca de ella me has hecho establecerme en este pueblo?...

ENR. Sí, señor; le he engañado á usted... soy culpable, lo confieso... pero bien castigado estoy... y mas en este momento, por tener que hacerle á usted, sin querer, cómplice de mi mal proceder... Perdóneme usted, padre mio! perdóneme usted! Soy muy desgraciado!. . Si usted me abandona... no sé lo que será de mí!...

MOD. (Cae en una silla.) Desventurado!... qué desdicha, Dios mio!

ENR. (Abrazándole cariñosamente.) No se afluja usted de ese modo... un poco de serenidad. Necesitamos obrar con mucha precaucion... Escúcheme usted...

MOD. Dí, desgraciado! dí...

ENR. Esos malditos lugareños me han espiado... El Baron me sorprendió en el cuarto de su mujer... Qué habia de hacer? Confesar la verdad era una infamia, una cobar-

dia... La mujer lloraba, «me va á matar!» decia... Me ocurrió la idea de arrancarla el brazalete de diamantes que llevaba puesto... y le dije al marido... que se lo habia robado, que era un ladron!

MOD. (Levantándose.) Es que yo no puedo dejar que se diga eso de tí!... no quiero que pases por ladron!... no quiero que te prendan!

ENR. Pero entonces, esa mujer?...

MOD. Qué tengo yo que ver con ella? Que no sea coqueta... eso allá el marido... que la cuide y... Pero tú no has de pagar por ella... no, eso no!

ENR. Es que yo soy el culpable.

MOD. Esa no es cuenta mia. Has de perder tú el porvenir, la honra, por una accion que... por mas que sea en efecto abominable, todo el mundo disculpa?... Pero un robo!... un robo de alhajas!... la cárcel!... una sentencia!... Tú, hijo mio! el hijo á quien tanto quiero!... mi Enrique! mi orgullo!... Jamás, jamás consentiré... Y puedes imaginar?... Vamos, tú te has vuelto loco!

ENR. Pero por Dios... un poco de calma... yo se lo suplico á usted.

MOD. No hay calma que valga! Tú no eres ladron, y no he de consentir que nadie lo sospeche siquiera.

ENR. Quiere usted segun eso?...

MOD. Nada quiero de tí. Has cumplido con tu deber de hombre decente... y yo cumpliré con el mio de padre. No le puedes decir la verdad al marido... es claro; pero yo sí puedo decírsela... y se la diré. Llámale y acabemos.

ENR. Pero le va usted á decir?...

MOD. Procuraré dulcificar la cosa... Le diré... le diré que su mujer no lo sabia... que ni siquiera te conoce... que tú has venido sin que ella te haya dado pie... que un arrebato... que... qué se yo?... y él lo tomará como mejor le parezca... En fin, eso á mí qué me importa en último resultado?

ENR. Justo, eso nada importa.

MOD. Digo! tratándose de...

ENR. Es decir que está usted decidido? que quiere usted qne le llame?...

MOD. Sin perder un instante.

ENR. Voy. Pero tenga usted entendido que el Baron no es un imbécil... Que una vez que haya concebido sospechas, querrá saber, averiguará, llegará á descubrir...

MOD. Peor para él.

ENR. Cierto; con eso se evita que me prendan.

MOD. Claro.

ENR. Tendremos un duelo.

MOD. Un duelo?

ENR. Irremediablemente.

MOD. Y tú te tendrás que batir?

ENR. Con él! Lo que es eso no lo podrá usted impedir!... Y lo que le puedo asegurar es que yo no tendré valor para matar al hombre honrado á quien he ofendido, y que con tanta generosidad quiere salvarme.

MOD. Pero en ese caso?...

ENR. En ese caso... ya que usted lo quiere... no me defenderé... y si me mata...

MOD. Dios piadoso!

ENR. Usted lo ha querido ..

MOD. Matarte!... qué horror!... Por un lado la deshonra.. por otro, la muerte!... Vamos; es una broma, ¿no es verdad? quieres asustarme... pero no os batireis?...

ENR. No depende mas que de él... Si usted quiere exponerse á... (Va á salir.)

MOD. Detente! detente!

ENR. Decídase usted...

MOD. No sé qué hacer; Dios mio!... (Cae en la silla de nuevo.)

ENR. (Vuelve junto á su padre, y con vehemencia.) Nada mas sencillo: callar y proseguir lo que yo he comenzado... sostener esa mentira, que al fin y al cabo no tendrá consecuencias...

MOD. Es verdad... es preciso que te escapes! (Recobrando la esperanza.)

ENR. (Con ternnia.) Eso es... Qué le importa á usted que me

tengan cinco minutos mas, por lo que se les antoje?... Huiré y todo se acabó.

MOD. Sí, sí; tienes razon.

ENR. Y no volverémos á poner aquí los pies ni usted ni yo. No volverémos á ver á ese hombre, ni á nadie de su familia. Ah! y no sabe usted todo lo que pierdo. La leccion es severa! Estaba á punto de ser dichoso, y por mí culpa seré infeliz!

MOD. Cómo, cómo?

ENR. No hablemos de eso... Va á venir... Con que: quedamos en que usted no me conoce... Soy un malhechor á quien usted ayuda á que se escape, y dentro de una hora... estamos los dos en Madrid y nada tenemos que temer?.. Me lo promete usted, no es así? Usted no quiere que maten á su Enrique... y apoyará lo que yo diga, eh?

MOD. Si no hay otro remedio... qué he de hacer?

ENR. (Enjugándo los ojos á su padre.) Que viene!... esos ojos! nada... valor.!. y todo se acabó.

ESCENA VII.

DICHOS, el BARON

BARON. Ya estan bebiendo, con que vamos... Se atreve usted á saltar por el balcon al jardin?

MOD. Á saltar?

ENR. Oh! sí señor. (Con viveza.)

BARON. Poco mas de tres varas... en descolgándose bien... es muy sencillo.

MOD. Está usted bien seguro, señor Baron?... (Inquieto.)

BARON. De qué? (Enrique abre el balcon.)

MOD. Ten cuidado, Enrique... (Olvidándose.)

BARON. Enrique!... (Volviéndose con viveza y mirándolos á los dos. Momento de silencio. Á D. Modesto.) Conque usted le conoce?...

MOD. Yo... sí... es decir...

BARON. (Lo mismo: despues de una pausa, asaltado de una idea repenti-

na.) Es su hijo de usted?... (Ambos callan.) Responda usted!...

MOD. Ay! Sí, señor Baron; es mi hijo!

BARON. Usted no me habia dicho?...

ENR. Acuérdese usted que le rogué me permitiera callar el nombre de mi padre...

BARON. Es cierto: pero el guardar silencio en el particular, no le autorizaba á usted á faltar á la verdad en otros puntos. (Á D. Modesto.) Esta mañana me dijo usted que su hijo era abogado.

MOD. Sí, señor Baron.

BARON. Y él se finge empleado en una casa de comercio.

ENR. Mentí, al decir eso.

BARON. Mentia usted cuando yo apelaba á su ingenuidad, cuando le interrogaba como un amigo, como un padre?...

ENR. Temblaba por el mio... y para que usted no pudiera sospechar... (Turbado.)

BARON. Conque, segun eso... lo del dinero... el desfalco... todo cuanto justificaba... cuanto explicaba al menos su falta de usted... el arrebato, la desesperacion... todo era mentira?... Y los remordimientos, las lágrimas que me enternecieron, tambien eran mentira... todo era mentira!... comedia pura!...

ENR. Ah! no dude usted, señor...

BARON. De su miedo de usted, no: de sus remordimientos, sí.

MOD. Señor Baron... el tiempo pasa... no podemos detenernos... (Con ansiedad.)

BARON. (Cerrando el balcon.) Perdone usted... no hay priesa... al contrario.

MOD. La libertad que usted le ofrecia?...

BARON. Al infeliz arrepentido; no al culpable avezado al crímen, que me robaba con lágrimas fingidas, mi ternura y su perdon...

MOD. (Desesperado.) Ah! señor... si no es por él, por mí al menos... por un padre desconsolado... Su deshonra me alcanza á mí... su sentencia es la mia!... Yo, ningun

mal le he causado á usted... yo no soy culpable, y á mí se me castiga cruelmente!...

BARON. Comprendo ese dolor, pero...

MOD. Déjele usted huir, señor Baron... créame usted... y es lo mejor que puede suceder para todos... lo juro... es lo mejor que pedemos hacer...

BARON. Lo mejor... para usted, lo creo... porque el interés que á mí me inspira en este momento... Que se salve como pueda.

MOD. Ah! gracias, señor Baron, gracias!

ENR. (Va al balcon.) Por fin!...

LOS LUG. (Dentro.) Viva el alcalde! (Enrique retrocede al verlos.)

BARON. Ya es tarde.

MOD. (Á Enrique.) Estan ahí?

ENR. Todos. (Se aparta del balcon muy pálido.)

DENTRO. (Los lugareños.) Viva el señor Comisario! Viva!

BARON. (Va al foro.) Pues señor, no hay remedio: pobre padre!

MOD. (Desesperado á Enrique.) Lo siento... pero yo canto de plano.

ENR. (Me bato y no me defiendo...)

MOD. Dios mio! Dios mio! (Cae en una silla. Enrique trata de consolarle. Se abre la puerta del foro. Aparece el Comisario saguido de su secretario, de D. Judas, y los testigos.)

BARON. Adelante, señor Comisario, adelante.

ESCENA VII.

DICHOS, el COMISARIO, D. JUDAS, ONOFRE, HILARION, BIBIANO, ISABELO, el SECRETARIO del Comisario, hombres del pueblo armados: luego la BARONESA.

COM. Don Judas ha ido á buscarme á la quinta del Olvido. Han preso á un malhechor segun me han dicho? (D. Judas designa al Secretario la mesa de la derecha; le hace sentarse y prepara sillas, papeles y plumas.)

BARON. Nada mas ha ocurrido felizmente... Ese desgraciado jóven...

COM. Y es usia, señor Baron, el que le ha preso?

BARON. Sí, señor.

JUDAS. Si el señor Comisario quiere tener la bondad de... (Con suma amabilidad, indicándole la mesa.)

BARON. (Pasmado del aplomo del Boticario.) Ah! El amigo don Judas se cree ya alcalde?...

JUDAS. Todavia no, señor Baron... (Ya veremos dentro de poco!) (Se coloca detrás del bomisario.)

COM. (Sentado á la mesa. Todos los lugareños detrás.) Quiere usia, señor Baron, tener la bondad de ponernos al corriente, en dos palabras, del suceso?

BARON. Es muy sencillo. (Sentado á la derecha.) He sorprendido al señor en la sala del piso bajo, en el momento en que trataba de escaparse, llevándose los diamantes de la baronesa.

COM. Vamos; infraganti?

BARON. Precisamente.

COM. Está conforme el acusado con la exactitud de esta declaracion?

ENR. (En pie, al lado de su padre, á la izquierda.) Sí, señor.

COM. Quiere decir que penetró usted en esta casa con intencion de?...

ENR. De robar; sí, señor.

COM. Medite usted bien la gravedad de sus respuestas. Ha venido usted de propósito deliberado?... con intencion de robar los diamantes?

ENR. Sí, señor.

COM. Escriba usted...

MOD. (Que lucha hace un momento, queriendo levantarse.) No... yo diré...

ENR. (Conteniéndole y obligándole á permanecer sentado.) Me dejo matar, si pronuncia usted una palabra.

COM. Cómo se llama usted?

ENR. Enrique Revilla.

COM. Profesion?

ENR. Abogado. (Movimiento de admiracion.)

COM. Residente en?...

ENR. (Despues de un momento de duda.) En este pueblo... en casa de mi padre... (Señala á su padre, á quien aprieta tiernamente la mano, sin que le vean.)

COM. Qué motivo ha podido inducirle á usted á tan criminal accion?

ENR. El juego, señor Comisario: perdí hace tres dias una gran cantidad... Mi padre, de cuya indulgencia he abusado ya con exceso, se negó á pagar por mí esta vez. . y entonces...

BARON. (Sorprendido.) Perdone usted, señor Comisario; pero hay tal contradiccion entre las palabras del acusado y las de su padre... Quiere usted permitirme?... (Se levanta.)

COM. Cómo puedo negar á usia, señor alcalde?...

BARON. Señor don Modesto, perdóneme usted que interrumpa su justo dolor con mis preguntas.

ENR. (No me desmienta usted... valor!) (Ap. á su padre.)

BARON. Su hijo de usted es jugador?...

MOD. Sí, señor. (Con repugnancia.)

BARON. Cómo me dijo usted esta misma mañana que era un excelente muchacho? (D. Modesto quiere hablar y no puede.)

ENR. (Con viveza.) Mi padre creia que yo estaba ya arrepentido...

BARON. Hablo á su padre de usted... (Á D. Modesto.) Estaba usted tan orgulloso con su hijo... tan contento de su llegada?... Cómo conciliar todo esto?...

ENR. (Lo mismo.) Mi padre, ya lo ve usted, no me ha de acusar... No dirá la verdad... Hace tres años que no hay falta que yo no haya cometido, no hay dolor que no le haya hecho conocer... No es verdad, señor? (Á su padre tomándole la mano.) Ha tenido que pagar mis deudas veinte veces... No es verdad? Ah! puesto que yo lo confieso, diga usted la verdad, padre mio!... diga usted que es cierto cuanto he dicho: yo se lo ruego á usted...

MOD. (Haciendo un esfuerzo.) Es cierto!...

ENR. Ya ve usted que...

BARON. Veo que el honrado padre siente, y lo comprendo perfectamente, tener que confesar que su hijo... Pero lo

que no puedo concebir es el empeño que usted manifiesta... la obstinacion con que se acusa...

ENR. (Turbado.) Yo?...

BARON. Sí.

ENR. Deseo reparar con la ingenuidad de mi declaracion la falta que cometí hace un momento tratando de ocultar la verdad.

BARON. (Aquí hay un misterio que no alcanzo á penetrar.... Tampoco dice ahora la verdad.)

COM. Puesto que el culpable está confeso, nada me queda ya que hacer... Pueden ustedes retirarse.

ENR. (Ap. respirando, á su padre.) Valor!

JUDAS. Pero señor Comisario, los testigos...

COM. Allá el juzgado... Reconocida la identidad del hecho... Preso infraganti el criminal y confeso ademas... El juzgado sabrá lo que ha de hacer.

JUDAS. Perdone usted... pero la declaracion de un testigo puede dar nueva luz en el proceso... Yo pido que se oiga al testigo.

COM. No hay inconveniente. Pero despachemos. Estan presentes todos los testigos?

BARON. Creo que todos.

JUDAS. Excepto la señora Baronesa.

BARON. Juan!... que venga la señora. (Váse Juan.)

JUDAS. Eso es! (Á Onofre.) Atencion!

ENR. (Ap.) Dios mio! (Sele Paulina.)

COM. (Despues de una pausa, en pié.) Sírvase usia, señora Baronesa, perdonarnos esta formalidad indispensable en tales casos. En cinco minutos podrá usia volverse á descansar. (La Baronesa se sienta á la derecha junto al Baron y el Comisario vuelve á ocupar su silla.) Ha visto alguien al acusado introducirse en el jardin?

LOS LUG. Sí señor.

COM. Quién fué el primero que le vió?

HIL. (Con suma presteza.) Yo, señor Comisario. Yo le he visto abrir la puerta verde.

BARON. Entró por la puerta verde! (Admirado.)

ONOFRE. Con una llave...

BARON. Una llave?

ENR. (Con viveza.) Sí, señor Baron, con una llave falsa...

BARON. No me dijo usted que habia escalado?...

ENR. Mentí.

BARON. (Qué será esto? (Ap.)

BIB. Y tambien miente el tio Hilarion... el primero que le vió fuí yo.

HIL. Yo!

ONOFRE. Por vida de!.... Ni uno, ni otro. Yo le he visto antes que nadie... yo!.

BIB. y HIL. Tú?

ONOFRE. Estos no le han visto entrar hasta hoy; y yo le vi ayer.

JUDAS. Ayer! (Recalcando, con intencion.)

BARON. (Estremeciéndose) Usted vió á ese jóven entrar ayer en mi jardin?

ONOFRE. Como le estoy viendo ahora... Apuradamente se veia con la luna como si fuera de dia.

BARON. Era de noche, segun eso?...

ONOFRE. Á cosa de las once.

BARON. Está usted seguro?

ONOFRE. Digo... como que conservo su sombrero, que se le cayó al agua... Ya lo sabe él... Y si no, que le pregunten.

BARON. (Á Enrique.) Conque ya anoche se introdujo usted en mi casa?

ENR. Sí señor.

BARON. (Con frialdad colérica, que va creciendo y que procura dominar.) Entonces, cuanto acaba decirse aquí, es un horrible tejido de mentiras!... Á qué venia usted á mi casa? Con qué objeto? Veamos... con qué objeto?

ENR. Á intentar lo que he llevado á cabo hoy.

BARON. Por los diamantes?...

ENR. Por los diamantes.

BARON. Y cómo sabia usted que existian, si mi mujer se los ha puesto hoy por vez primera?

ENR. No venia precisamente por ellos... Esperaba encontrar dinero... alhajas... cubiertos...

BARON. Á las once de la noche... en una casa habitada... donde aun se veian luces en todas las ventanas... cuando aun estaban levantados todos los criados?...

ENR. Por eso renuncié ayer á intentarlo... me escapé...

ONOFRE. Ya lo creo!... (Con fingida candidez.) Se escapó al oir que llamaban por todas partes á la señora Baronesa.

BARON. (Comprende por fin. Va á lanzarse á coger á Onofre por el pescuezo, pero logra contenerse.) Tenga usted la bondad, señor Comisario, de hacer que nos dejen solos, yo se lo suplico á usted. (Necesito de toda mi serenidad!)

JUDAS. (Ap.) Está dado el golpe! (Los hacen retirarse á todos á la antesala. Solo quedan en la escena el Baron, Enrique, D. Modesto, la Baronosa, y despues vuelve el Comisario.)

BARON. (Á Enrique, conteniendo su furor.) Conque, habiendo huido ayer, por un motivo cualquiera, ha vuelto usted esta noche?...

ENR. Sí señor.

BARON. Y entonces le han visto á usted y le han perseguido?

ENR. Que fué cuando me refugié en la casa, sin saber que el cuarto en que entraba fuese el de la señora Baronesa.

BARON. Sí... y viendo que le perseguian á usted, se apoderó de los diamantes, para que pudieramos tener el gusto de cogerlo á usted con el robo en las manos?...

ENR. Creí que podria huir llevándomelos... Estaba solo... ví brillar el brazalete sobre la mesa... la ocasion...

BARON. Y por qué se dejó usted los pendientes?

ENR. Porque no estaban allí.

BARON. Estaban: yo mismo los acababa de meter en la caja.

ENR. No ví mas que la pulsera...

BARON. Que no estaba allí... porque, cuando yo salí, me acuerdo bien que aun no se la habia quitado esta señora.

ENR. Yo, sin embargo, la ví en la caja y de allí la saqué... no sé... la pondria la señora sin duda.

BARON. Aprovechando para dejarla allí el momento en que estaban gritando en el jardin: «¡Ladrones!»

PAUL. (Turbada.) No... no me la quité.

BARON. Ah! (Á Enrique.) Ya vé usted que no estaba en la caja!

ENR. (Ap.) Desgraciada! (Alto.) No; es verdad... la señora la tenia puesta.

BARON. (Estallando.) Conque no estaba usted solo!... Usted ha mentido!... Usted miente siempre!!

COM. Señor Baron!...

BARON. Oh! yo quiero saber la verdad. Lo quiero y la sabré... Cómo se apoderó usted del brazalete? Responda usted!... yo lo quiero!...

ENR. Pues bien: no queria confesarlo, porque eso agrava mi posicion: me apoderé del brazalete arrancándoselo del brazo á la señora Baronesa.

BARON. (Volviéndose á su mujer.) Que se lo dejó quitar sin dar un grito, sin pedir socorro?...

ENR. Tal era su miedo...

PAUL. (Sin saber lo que dice.) Sí... y al oir que venias...

BARON. Echaste á correr y te escondiste?... (Silencio. Paulina se deja caer en una silla, muy turbada. D. Modesto se interpone entre el Baron y su hijo para proteger á este.)

BARON. (Esforzándose para parecer tranquilo.) Tiene usted algo que decirme en defensa de su hijo, señor don Modesto?

MOD. (Aterrado.) Nada, señor Baron.

BARON. Hay, pues, que prenderlo como á un miserable... como á un ladron!... (D. Modesto responde con un gesto.) Sin embargo, si usted me asegura que es por amor, por salvar á una mujer comprometida, únicamente...

MOD. Yo no he dicho eso... (Aterrado.)

BARON. Y por qué no, si es verdad?

MOD. Nadie lo ha dicho: ni él, ni yo, ni...

BARON. (Fuera de sí.) Ni quién?... acabe usted!

MOD. (Espantado. Cubriendo á su hijo con su cuerpo.) Pero si no digo nada... si no sé nada... (Ah! me le va á matar!)

BARON. (El padre no dirá nada... verémos si el otro...) (Con voz breve y sombria.) Señor Comisario... Este hombre (Señalando á D. Modesto.) es un testigo falso... cómplice del reo!... préndale usted!...

ENR. Á mi padre! (Lanzándose á colocarse delante de su padre.)

BARON. Son dos ladrones que estan de acuerdo!

ENR. Mi padre!... un ladron?...

MOD. (Queriendo calmarle.) Deja, déjame á mí...

ENR. Que le prendan á usted?... nunca; eso no!

MOD. (Queriendo taparle la boca.) Quieres callar?

ENR. (Olvidándose de todo.) Que me mate si quiere... pero hacerle á usted víctima de un robo, que yo no he cometido?...

BARON. (Estallando.) Eso... eso es lo que yo queria obligarles á confesar!... (Á D. Modesto, casi sin voz y terrible) Tiene usted razon; sí... yo seré, yo... quien mate á su hijo de usted!

MOD. (Á Enrique, abrazándole.) Desdichado hijo!... Por qué no los has dejado que se compongan como puedan?

BARON. Señor Comisario! (Se vuelve, ve á Paulina en pie, pálida y desencajada, y da un paso atrás.) Quién espera un golpe de esta naturaleza?... Todo el valor de un hombre basta apenas á resistirlo!... (Con dolor.) Qué he hecho yo, Dios mio! qué he hecho para merecerlo? (Cae sobre una silla.)

COM. Señor Baron... toda esa gente que nos puede oir...

BARON. (Levantándose.) Es verdad... gracias... (Procura serenarse y se dirige á los testigos.) Entren ustedes, señores... ya está todo concluido... El jóven confiesa... y yo, en gracia de su franqueza, señor Comisario, retiro la acusacion.

JUDAS. (Que ha salido.) Cómo?...

BARON. Es tan jóven... sírvale esto de leccion.—Buenas noches señores. (Á Enrique, bajo y rápidamente.) Espéreme usted (Dando el brazo á su mujer, que no puede sostenerse.) Vamos, te estás cayendo de sueño... ven á descansar.

ONOFRE. Por vida de!... Golpe en vago!

JUDAS. Este hombre no se incomoda por nada!

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

La misma decoracion del tercer acto.

ESCENA PRIMERA.

El BARON, PAULINA, precedidos de JUAN, que les alumbra.

BARON. Vamos, ya estás en tu cuarto. (Paulina, pálida y desencajada, se sienta. El Baron prosigue afectando gran tranquilidad.) Se han marchado ya todos, Juan?

JUAN. Sí, señor Baron. Solo quedan ese jóven y su padre, que estan en el jardin. El padre queria llevársele, pero él ha dicho que tenia que esperar allí las órdenes de usia.

BARON. (Lo mismo.) Qué hora es?

JUAN. Las dos.

BARON. Ah! ah!... Ya no tardará mucho en amanecer. No ha vuelto aun del baile la señorita Clara?

JUAN. No señor; pero el baile se está acabando.

BARON. Bien; no necesitas nada, Paulina?... No?... (Á Juan.) Te puedes marchar. (Váse Juan.)

ESCENA II.

El BARON, PAULINA.

BARON. (Cuya fisonomia cambia completamente desde que se va Juan.)

Ahora... puede usted hablar, señora; ya escucho.

PAUL. Nada tengo que decir: todo me acusa... y lo que podria invocar en mi defensa, no querrias creerlo.

BARON. (Despues de una pausa.) Es decir que ese hombre no es su amante de usted?

PAUL. (Con viveza.) Oh! no... Dios mio! no lo es!... (Se detiene al ver la sonrisa irónica del Baron, y desesperada de poderlo convencer.) Ah! bien lo decia yo!... (Silencio.)

BARON. Podremos saber, en fin, en qué se apoya esa inocencia?

PAUL. He cometido una imprudencia que voy á expiar con la felicidad de toda mi vida... Durante el viaje que hice con Clara, no rechacé sus protestas de amor, que no debí haber oido y de ello me acuso... Pero... si confieso la verdad que me condena, no he de callar la que puede absolverme. Ví á tiempo el peligro y huí de él, refugiándome inmediatamente aquí, al lado de mi verdadero amor, del hombre que mi corazon eligió por guia por protector, por compañero... y cerca de él, me creí salvada!... Pero de repente aparece aquí... reclama lo que él llama sus derechos... como si yo fuera ya su cómplice... Me lleno de espanto... no sé qué hacer... Creí que apelando á su honor podria obtener que abandonase el pais, que renunciase á perseguirme con su presencia... Tenia en su poder dos cartas, que tuve la imprudencia de escribirle... pidiéndole que cesara de perseguirme... dos cartas que pueden leerse en presencia de todo el mundo... pero que ni aun así debian estar en poder de ese hombre... y para conseguirlo, era preciso verle... solo podia ser en el jardin... Y antes de anoche... le abrí la puerta... sí; lo confieso: yo la abrí.

BARON. Adelante...

PAUL. Sé que cometí otra nueva falta... ahora lo conozco... pero el miedo, el deseo de que desapareciera para siempre, hasta el recuerdo de mi imprudencia, me precipitaron.... Vino: hice cuanto pude para reparar mi falta... rogué, supliqué, lloré... «He sido ligera, le dije, im»prudente... pero no le amo á usted... no le he amado

»nunca!.. salga usted de aquí... déjeme usted»... Negóse á devolverme mis cartas... y huyó precipitado al oir ruido en el jardin, cuando yo seguia diciéndole que le odiaba, oh! y le decia la verdad... lo juro por cuanto hay de mas sagrado en el mundo!... (Le mira.) Dios mio! Dios!... no me cree!...

BARON. Y cómo se explica, que maltratado, despedido de ese modo ayer, haya vuelto esta noche?

PAUL. (Con fuerza.) Lo ignoro... pero, bien á mi pesar!...

BARON. Y cómo ha penetrado en el jardin por la misma puerta del dia anterior... sin que le hubieran dado antes la llave para facilitar esta segunda cita?

PAUL. Yo!... la llave!... una cita esta noche?... que yo le he citado?...

BARON. Le han visto abrir la puerta.

PAUL. Pongo á Dios por testigo de que no he tenido en ello parte alguna! No; no he sido yo!... es lo único que puedo decir!... Pero cómo habia de esperarle?... No estábamos aquí los dos, cuando vinieron á decirnos que habia un hombre en el jardin?

BARON. Sí... y usted se estremeció!... yo lo ví!

PAUL. Sí... sí... porque me figuré que seria él!...

BARON. Le esperabas, segun eso? (Con viveza.)

PAUL. (Desconcertada.) Dios mio! Dios mio!... así interpreta cuanto digo!... Veo que estoy perdida!... no trataré de defenderme... Me acusa, y no quiere oirme!...

BARON. Yo no la acuso á usted... Si lo hiciera, seria para pronunciar la sentencia; y una vez pronunciada!...

PAUL. Pues bien: mátame!... Sí; prefiero morir, á sufrir el tormento que me aguarda!

BARON. No habrá para usted ni muerte, ni tormento. La muerte será para otro!... y el tormento para mí! No se canse usted en defenderse: hay aquí quien se ha encargado de esa defensa, y lo hace mejor que podria usted misma hacerlo. Soy yo. Dos veces, al venir conduciéndola á usted á su estancia, he estado á punto de dejarme llevar de mi violencia... y pero he logrado contenerme...

mi razon me ha dicho: Si hay un crímen que castigar... el primer culpable, no es ella... eres tú!

PAUL. Quién?

BARON. Yo; y muy culpable en efecto... porque he cometido la imperdonable falta de unir tu vida á la mia, en una edad en que ya no es posible inspirar amor: yo, casi viejo, me he unido á tí, que puedes ser mi hija... Pero te amaba tiernamente, y no comprendí que ese amor á mi edad, basta para hacerse odiar. (Movimiento de Paulina. Prosigue sin dejarla hablar.) Creí que siendo bueno, cariñoso, tierno, complaciente, á falta de amor, podria inspirar á la mujer á quien iba á dar mi nombre, al menos un puro afecto, un sentimiento de gratitud. Creí que ambos podiamos salvarnos viviendo así dichosos, yo del abandono... ella de la ingratitud... Me equivoqué... Quizá no merecia un castigo tan terrible!... pero te lo perdono: no tengo cólera, ni deseo de venganza... Lo único que me queda, y de eso no puedo librarme, es un inmenso dolor... que deberia sofocar... pero... me es imposible!... Y siento ponerme mas en ridículo...

PAUL. Ah! yo te lo suplico!... mírame á tus pies!... Por tí, por mí, por nuestra felicidad, escúchame... Y créeme, créeme por Dios! yo te lo ruego!

BARON. (Levantándola.) No puedo.

PAUL. (Desesperada.) Pues mátame! Cuando de una mujer se cree lo que tú crees de mí, se la mata... Mátame!... yo te lo ruego!...

BARON. Á mi edad, se mata solo al amante!

PAUL. Al amante!... Dios mio!... no tiene compasion de mí!...

BARON. Ya tratarémos de decidir lo que mas nos convenga á ambos... pero en este momento deseo estar solo... si quieres entrar en tu cuarto... (Abre la puerta. Se dirige á su papelera y la abre. Vuelve la cabeza y ve á Paulina inmóvil en el mismo sitio.) He abierto la puerta... Qué espera usted, señora?

PAUL. Espero... (Apoyada en el respaldo de un sillon sin poderse mo-

ver.) Las fuerzas me abandonan!...

BARON. (Va á darla el brazo y se detiene.) Ya habrá vuelto tal vez la doncella...

PAUL. Es inútil... iré sola. (Váse. El Baron, que la observa desde lejos, va de nuevo á sostenerla; pero tambien esta vez se detiene.)

ESCENA III.

El BARON, luego ENRIQUE.

BARON. (Fuera de sí.) Oh! ese hombre! ese hombre! donde está?... quiero matarle! Miserable! una gota de tu sangre por cada lágrima!... (Llama y sale Juan.) Que suba ese... jóven!... pero él solo... sin su padre.

JUAN. Aquí está, señor... se empeñaba en entrar... (Aparece Enrique, y entra precipitadamente.)

BARON. (Á Juan.) Bien: déjanos. (Váse Juan cerrando la puerta.)

ENR. (Buscando á Paulina. Ap.) (No está aquí!)

BARON. Tenia usted mucha priesa... y yo tambien la tengo; pero no podemos batirnos hasta que sea de dia... y ya no falta mucho... Aquí estan las armas.

ENR. (Muy pálido y desconcertado.) Una sola palabra!... La señora Baronesa... permita usted, se lo suplico, permita usted á un hombre desesperado que se atreva á hacerle esta pregunta. Lo ha dicho todo, no es verdad?...

BARON. Supongamos que así fuera?...

ENR. (Con ansiedad. Entonces... se ha justificado... y estará usted convencido de que el único culpable soy yo?... yo solo... Lo ha dicho todo... y usted la ha creido?...

BARON. No.

ENR. No cree usted que es inocente?...

BARON. Y usted ni puede, ni tiene derecho á convencerme.

ENR. Es decir que porque la fatalidad ha puesto en mi camino á una mujer honrada, á quien he molestado con mi loco amor; porque he cometido la cobardia de venir á esta casa á perseguirla; porque esos hombres me han sorprendido en el momento en que me retiraba, sin ha-

berla visto, lo juro ante Dios, ha de ser responsable una pobre mujer de mis locuras, de mis crímenes, del mal que con ellos la he causado?... No basta que sea mi víctima?... quieren hacerla mi cómplice! Ah! señor!... eso no puede ser... usted no puede, no debe hacerlo... y no lo hará; no es cierto?...

BARON. Va á amanecer. (Con frialdad.)

ENR. En nombre del cielo!... Pero... si yo fuera, como usted supone, un amante... qué mas podia desear que encontrarme frente á frente con un hombre, á quien odiaria en tal caso, y poder conquistar con las armas en la mano el bien deseado... la libertad de mi amor? Pues, bien: en vez de eso... véame usted á sus pies... esperando... implorando que me dé la muerte!

BARON. Oh! excelente abogado! no cabe mejor defensa!

ENR. (Desesperado.) Cómo he de persuadirle, Dios mio!... qué juramento, qué protesta bastará?

BARON. Ninguna. He de creerle á usted... cuando no la he creido á ella?...

ENR. (Abatido.) Es verdad... gracias á usted, señor, no so y solo el odioso perseguidor de una desventurada mujer... soy yo quien la pierdo!... Y no tengo pruebas!...

BARON. Acabemos!

ENR. (Con esperanza.) Ah! sí: la intencion, disculpa lo que voy á hacer. Dos cartas... (Se las presenta.) Dos cartas que no he querido devolver... lea usted... lea estas cartas: son la mejor prueba de su inocencia!

BARON. (Tomándolas, con frialdad.) Es su letra, en efecto.

ENR. Léalas usted, señor... léalas usted... (Con viveza.)

BARON. Para qué?... Cuando estan en mis manos, es señal de que se pueden leer. (Las hace pedazos.)

ENR. Ah!

BARON. Es todo lo que tenia usted que ofrecerme?

ENR. (Con frialdad y resolucion.) Y mi vida. Estoy pronto...

BARON. Por fin!... tome usted esa pistola, pólvora y balas... usted mismo la cargará...

ENR. Sí señor.

BARON. Y vaya usted á esperarme...

ENR. Mi padre... está ahí... nos acecha... Cómo evitar?...

BARON. Por esa pieza... en el fondo hay una puerta... Por ella saldrá usted al extremo del jardin... siga usted el arroyo y espéreme en el bosquecillo, donde nadie podrá vernos, y dará fin al negocio la muerte de uno de los dos... Ha oido usted?... es un duelo á muerte!

ENR. Sí señor.

BARON. Para nada necesitamos padrinos ni testigos... Supongo que no faltará usted...

ENR. Allí estaré.

BARON. Nada mas tenemos que hablar.

ENR. Quisiera escribir... dos palabras.

BARON. (Le señala la mesa, donde hay lo necesario.) Ahí...

ENR. (Se sienta á escribir.) Puedo contar conque llegará á su destino este papel... en caso?...

BARON. Sí.

ENRIQ. Gracias. (Deja el papel sobre la mesa.)

BARON. Dentro de diez minutos, estoy allí.

ENRIQ. No me moveré, lo juro, del sitio designado.

ESCENA IV.

EL BARON, luego CLARA. Amanece, se va iluminando el fondo del teatro.

BARON. (Solo, cogiendo la otra pistola.) Vamos ahora... (Se abre la puerta del foro de par en par, y se ve el jardin iluminado por el sol saliente, y aparece Clara, dejando afuera á la doncella.

CLARA. Oh! buenos dias... aquí me tienes... y mas á tiempo... al salir el sol!

BARON. (Escondiendo la pistola.) Buenos dias, hija mia!

CLARA. Qué madrugar!

BARON. Y tú, qué tal?

CLARA. (Riéndose.) He bailado con todo el pueblo. Hasta que los músicos han pedido misericordia no he salido del salon. Qué tienes ahí?

BARON. Yo?

CLARA. Una pistola?... qué vas á hacer con ella?

BARON. Nada... voy á dar un paseo... y si encuentro una liebre...

CLARA. Á cazar con pistola?... (Riéndose.)

BARON. Es mas cómoda que una escopeta... (Saca el reló y mira la hora.)

CLARA. Me parece que lo que mates!..

BARON. Oh! si mataré!

CLARA. En fin, allá te compongas... Yo si que he bailado... (Sentándose.)

BARON. (Cogiendo el sombrero para marcharse.) Vaya, pues, anda á acostarte.

CLARA. No... me voy contigo á dar una vuelta por el campo.

BARON. Vestida de baile?...

CLARA. En un momento me mudo...

BARON. Anda, anda á dormir... Te estás cayendo de sueño. (Con viveza.)

CLARA. (Le detiene cogiéndole del brazo.) Pues por tí me he cansado... y ni siquiera me das las gracias! Ingrato!

BARON. Por mí? (Mira de nuevo el reló.)

CLARA. Por qué miras tanto el reló?

BARON. Por nada.

CLARA. Deja eso ahí... y oye lo que acabo de hacer en obsequio de tu poder municipal.

BARON. Cómo?

CLARA. En primer lugar, no he bailado mas que con los del pueblo, cosa que les ha gustado mucho. He coqueteado de lo lindo con todos ellos... «¿Por qué, les preguntaba, quieren ustedes tan mal á ese pobre alcalde, que es tan bueno, que tanto los estima?—No soy yo, señorita, el que le aborrece, es Isabelo...—¿Quién es Isabelo?—Aquel gordinflon del chaleco amarillo. Bueno: á sacar al señor Isabelo!... «Vamos á bailar, señor Isabelo!...» (Vuelve á agarrar al Baron.) y el señor Isabelo en la gloria! —«Por qué es usted enemigo de mi cuñado?»—«Yo, señorita... Dios me libre... al señor alcalde?... si es mas bueno que el pan!... El que no le puede sufrir es el hijo del tio Honorato, Bonifacio.»—Cuál es Bonifacio?—

Aquel tagarote, bizco...» y la misma cancion con Bonifacio... En fin, señor Baron, al amanecer contaba á mi alrededor á cuarenta paletos... á la nata y flor de la juventud de este pueblo... todos decididos partidarios tuyos desde hoy, y dispuestos, á una voz que yo les dé, á traernos las orejas de Onofre!

BARON. Veo que estás hecha una diplomática!... (Mira la hora, y quiere marcharse.)

CLARA. (Cogiéndole por la mano.) Oh! poco á poco... Me gusta el modo de agradecer el servicio... largarse en seguida!...

BARON. Es tarde.

CLARA. Lo que ahora urge, (Deteniéndole.) es mi recompensa.

BARON. Vamos, qué es lo que quieres?... pronto!

CLARA. Estamos solos? (Bajando la voz.)

BARON. Sí.

CLARA. Pues bien: otra querria dividir contigo el poder; yo soy mas modesta, y me contento con tu proteccion.

BARON. Para?

CLARA. Para casarme! (Bajando la voz.)

BARON. Pero eso... eso es para mas despacio... luego hablarémos...

CLARA. No te suelto...

BARON. (Insistiendo por irse.) No seas niña...

CLARA. Oh!. . me voy detrás de tí, vestida de baile y todo...

BARON. Acaba, pues...

CLARA. Me ama... y le amo...

BARON. Bien, y qué mas?

CLARA. Vendrá hoy mismo á pedir mi mano, y tú apoyarás.

BARON. Convenido.

CLARA. Pues!... Convenido... sin conocerle!

BARON. Cuando á tí te agrada, señal de que lo merece.

CLARA. Oh! eso sí: estoy segura de que tambien á tí te ha de gustar... Es un jóven... le conocimos Paulina y yo en nuestro último viaje.

BARON. Ah!...

CLARA. Y nos hallamos ahora con que es hijo de nuestro vecino... de don Modesto Revilla.

BARON. Revilla!...

CLARA. Sí... Enrique Revilla.

BARON. Y te ama? Te lo ha dicho? Te ha prometido que vendra á pedir tu mano?

CLARA. Por supuesto. En eso hemos quedado.

BARON. (Ap.) Tambien á esta? miserable!... á las dos!... (Vuelve á coger su pistola.)

CLARA. Qué tienes?... no me oyes?

BARON. (Metiéndose en el bolsillo pólvora y balas y disponiéndose á salir.) Sí, sí... te oigo. (Llega á la puerta.)

CLARA. Conque... me lo has ofrecido... Me ayudarás hasta contra Paulina?

BARON. Por qué contra Paulina? (Deteniéndose y mirándola.)

CLARA. (Bajando la voz) Toma! porque tengo miedo de que se oponga...

BARON. Y por qué se ha de oponer Paulina?...

CLARA. (Haciéndole seña para que la siga á la izquierda del proscenio.) Porque (quede esto entre los dos), porque se me figura que no quiere mucho á mi futuro.

BARON. (Yendo por fin adonde está Clara.) Ah! tú crees?... Y en qué te fundas para?...

CLARA. En un millon de cosas... Los primeros dias, cuando le conocimos en los baños, Paulina le recibia con tanta amabilidad!... y de repente, á los ocho ó diez dias, y sin que yo haya podido saber nunca el motivo, completa variacion!... Le acogia cortesmente, sí... pero, qué diferencia! Veinte veces ocurrió que iba á visitarnos y mi hermana mandaba que le dijeran que habiamos salido á paseo... y no era verdad, ni era hora de paseo... Y yo lo sentia... pero no me atreví á decírselo á Paulina, que ya delante de mí le habia insinuado que sus visitas eran demasiado frecuentes...

BARON. Ah! le habia dicho?...

CLARA. (Interrumpiéndole.) Y eso es lo de menos. Lo peor fué... pero (Levantándose .) veo que te estoy fastidiando con mi cuento... y...

BARON. No... no! prosigue.

CLARA. Figúrate que una mañana... al amanecer, me dispierta Paulina y me dice: «Levántate; nos marchamos de aquí ahora mismo.» Yo no sabia lo que me pasaba!... ¡justamente habiamos proyectado para aquel dia una espedicion... Enrique iba tambien... habiamos quedado en eso... «Escribámosle al menos, la dije á Paulina.—Es inútil, me contestó.»—Cuando saliamos, la pregunté, con ánimo de que él lo supiera delante de los criados, adónde íbamos.—«Á Cádiz:» me dijo, y en efecto, tomamos ese camino... pero á poca distancia variamos de direccion y nos dirigimos á Madrid... Parecia que se obstinaba en que no pudiera seguirnos...

BARON. En efecto... si... (Á medida que habla Clara, muda de fisonomia.)

CLARA. En fin, que íbamos huyendo de Enrique, ni mas ni menos.

BARON. Huyendo... es verdad?... (Eso mismo me ha dicho!...)

CLARA. De ahí inferí que no le podia ver, que le odiaba... Oh! y cuanto mas nos alejábamos de allí, mas contenta se ponia... Nunca la he visto mas risueña, mas alegre!

BARON. De veras?...

CLARA. Y yo, por el contrario, tan triste!... Pensaba que ya no volveria á verle... y en efecto... hasta ayer que llegó de Madrid... Cuando me dijo que su padre era don Modesto... me puse tan contenta. El Baron, dije, nos ayudará... mi cuñado, mi hermano, que es tan bueno, tan complaciente... cuando quiere... (Interrumpiéndose.) Pero veo que te estoy fastidiando...

BARON. No, no: al contrario, prosigue.

CLARA. Pues bien: para que entrara por la puerta del jardin, me vas á reñir... conozco que fué una ligereza...

BARON. Acaba... le diste?...

CLARA. La llave de la puerta falsa... pero no se la dí, se me cayó, y...

BARON. Fuiste tú? No fué Paulina?

CLARA. Paulina?...

BARON. No; quiero decir... ¿qué tiene que ver Paulina con eso?

Fuiste tú, tú quien le dió la llave... estás bien segura?

CLARA. Qué pregunta!.. (Sorprendida.)

BARON. Sí, sí... (Dios mio!... será verdad?... huia de él... no le habia citado!...)

CLARA. Qué dices?

BARON. Nada. Prosigue, hija mia... Conque le diste la llave... y él?...

CLARA. Vino... anoche... (Un poco avergonzada.)

BARON. Ah! sabias que?...

CLARA. Ya lo creo... y buen miedo que me dió!

BARON. Le viste, segun eso?

CLARA. Yo sola.

BARON. Estás segura?

CLARA. Estaba aquí sola... Paulina habia ido á pasearse por e jardin.

BARON. Ah! conque Paulina no estaba?... no le vió... ni un nstante?

CLARA. No, felizmente. Ya te digo que estaba yo aquí sola .. cuando entró como un loco!...

BARON. Sí.

CLARA. Y no queria marcharse... yo tenia un miedo!...

BARON. Y por fin?...

CLARA. Exclamó: «Tome usted esta llave, cómplice de mi falta!...»

BARON. Y te la devolvió?...

CLARA. Mira.

BARON. Ah! bien! bien!

CLARA. Me dijo que hoy vendria, cuando todos le vieran, como un hombre honrado...

BARON. Bien.

CLARA. Por la puerta principal, á pedir de rodillas mi mano... eso sí lo entendí perfectamente!

BARON. Ah! y yo tambien!... yo tambien!...

CLARA. Qué contento te has puesto!...

BARON. Sí... porque soy muy dichoso en este momento... por tí... por mí .. por ella!... Sí, sí... soy muy dichoso! (La abraza como un loco.)

VOCES. (En el jardin.) Á él! Matarle!

CLARA. Qué es eso?

BARON. Esas voces... en el jardin!... (Váse precipitadamente al foro.)

ESCENA V.

DICHOS, PAULINA, á poco D. MODESTO.

PAUL. (Despavorida, sin ver al Baron.) Clara!... oyes?...

CLARA. Sí... qué será? (Váse al foro.)

PAUL. Ah!... mi marido!... (Quiere correr, y al volverse se encuentra con el Baron que, al oir su grito, ha bajado al proscenio.) Ah!...

BARON. Paulina!... (Abrazándola.) querida Paulina!...

PAUL. Ah! me crees por fin?

BARON. Sí... sí... te creo... silencio delante de Clara! (Solo con ella en el proscenio, y poniéndola la mano en la boca, para que no hable.)

MOD. Señor Baron... mi hijo?... dónde está mi hijo?

BARON. Su hijo de usted?... está... (Ap., asaltado de una idea repentina.) Dios mio!... ese alboroto...

MOD. Dónde?... dónde está?... (En el foro.)

BARON. No sé... en el jardin... vea usted si... (D. Modesto se dirige á Clara. El Baron se apodera del papel que escribió Enrique. Leyendo.) «Á Pauiina!... Perdóneme usted, señora, el »mal que la he causado!... yo mismo me impongo el castigo!...» (Lo lee á media voz.)

PAUL. Ah!

BARON. (La contiene tomándola la mano, y sigue leyendo.) «El señor »Baron, que no ha querido creer en mi palabra, dará »crédito al testimonio de un muerto que da fé de la ino»cencia de usted con toda su sangre!...» Desventurado!... Ah! yo he sido inexorable!...

MOD. (Vuelve.) No le encuentro, señor Baron... pero si estaba aquí con usted... (Viendo la carta.) Y esa carta?

BARON. No es para usted.

MOD. Su letra!... yo quiero saber... quiero verla!...

BARON. No... no...

MOD. Mi hijo!... Dónde está mi hijo? quiero verle!

ENR. (Dentro.) Padre... padre mio!

CLARA. Aquí está! (En el foro.)

ESCENA VI.

DICHOS, ENRIQUE, D. JUDAS, ONONRE, HILARION, ALDEANOS en el foro.

MOD. Hijo de mi corazon!... vivo!... está vivo!... Mi Enrique!

JUDAS. Buenas chanzas gasta su Enrique de usted! Estabamos apostados en el bosquecillo, Onofre, Hilarion y yo... y vemos pasar al señor como un loco, pistola en mano... pensamos que queria hacerle alguna nueva jugarreta al señor alcalde... le seguimos... se para... carga su pistola... yo me precipito sobre él... me apodero del arma... le prendemos... y aquí está. Y va de cuatro veces desde ayer que los tres hemos salvado al pais!

BARON. (Dándole la mano.) Y esta vez, señor don Judas, se lo agradezco á usted cordialmente! muchas gracias!

JUDAS. No hay de qué, señor alcalde... Me debe usted la vida.. y nada mas. Y aquí está el arma alevosa...

MOD. Que felizmente no ha causado el menor daño...

JUDAS. Mas que á Onofre, que al tiempo de coger yo la pistola recibió un culatazo en la boca. (Mostrando á Onofre, que con la mano en la boca dice tres ó cuatro palabras ininteligibles.)

BARON. Qué es lo que ha dicho?

JUDAS. Nada: que le hemos roto un diente. Ahora es menester, señor alcalde, que disponga usia lo que han de hacer del asesino estas buenas gentes...

BARON. Del asesino? Me parece, amigo mio, que lo primero que debemos hacer es *encadenarle* fuertemente para que no vuelva á hacer mas fechorias.

HIL. Perfectamente!

BARON. (Va á tomar de la mano á Enrique.) Y encargarémos que

tenga la cadena á mi hermana Clara... con quien l. voy á casar.

TODOS. (Asombrados.) Ah!

ENR. Señor!

JUDAS. Conque era por la señorita Clara por quien?...

BARON. Se introducia secretamente en el jardin... Sí, señor.

JUDAS. (Á los otros dos.) Quiere decir que somos nosotros tres los que hemos hecho ese matrimonio?...

BARON. Los tres. (Onofre refunfuña.)

MOD. Qué es lo que dice?

JUDAS. Dice... ó quiere dar á entender, que desde ayer tod nos sale bien...

TODOS. Viva el señor alcalde!

CLARA. Ves el efecto de mi diplomacia?

JUDAS. Populacho imbécil! le aclaman!... miserables!... (Solo.)

HIL. y ONOFRE. Eh?

JUDAS. Al fin, lugareños... Mañana me voy á Madrid.

BARON. Y usted, don Medesto?

MOD. Yo?... dentro de dos horas.

BARON. Espere usted tres siquiera, y nos iremos juntos No mas aldea!... no mas!!...

FIN DE LA COMEDIA

Habiendo examinado esta obra dramática, que lleva por título La Paz de la Aldea, *no encuentro reparo en que su representacion sea autorizada.*

Madrid 3 de Diciembre de 1866.

El Censor interino,

LUIS FERNANDEZ GUERRA.

COMISIONADOS PRINCIPALES DE ESTA ADMINISTRACION.

Albacete.	S. Ruiz.
Alcalá de Henares.	Z. Bermejo.
Alcoy.	J. Marti.
Algeciras.	R. Muro
Alicante.	Viuda de Ibarra.
Almagro	A. Vicente Perez.
Almeria.	M. Alvarez.
Andújar.	D. Caracuel.
Antequera.	J. A. de Palma.
Aranjuez.	D. Santisteban.
Avila.	S. Lopez.
Aviles.	M. Roman Alvarez.
Badajoz.	F. Coronado.
Baeza.	J. R. Segura.
Barbastro.	G. Corrales.
Barcelona.	A. Saavedra y Viuda de Bartumens.
Bejar.	P. Lopez Coron.
Bilbao.	T. Astuy.
Búrgos.	T. Arnaiz y A. Hervias.
Cabra.	B. Montoya.
Càceres.	J. Valiente.
Cádiz.	V. Morillas y Compañia.
Calatayud.	F. Molina.
Canarias.	J. Maria Poggi, de *Santa Cruz de Tenerife.*
Carmona.	J. M. Eguiluz.
Carolina.	E. Torres,
Cartagena.	J. Pedreño
Castellon.	J. M. de Soto.
Castrourdiales.	L. Ocharán.
Ceuta.	M. Garcia de la Torre.
Ciudad-Real	P. Acosta
Córdoba.	M. Muñoz, F. Lozano y M. Garcia Lovera.
Coruña.	J. Lago.
Cuenca.	P. Mariana.
Ecija.	J. Giuli.
Ferrol.	N, Taxonera,
Figueras.	Viuda de Bosch.
Gerona.	F. Dorca.
Gijon.	Crespo y Cruz.
Granada.	J. M. Fuensalida y J. M. Zamora.
Guadalajara.	R. Oñana.
Habana.	Charlain y Fernandez.
Haro.	P Quintana.
Huelva.	J. V. Osorno.
Huesca.	M. Guillen.
Irun.	R. Martinez.
Játiva.	J. Perez Fluixá.
Jerez.	F. Alvarez y Compañia, de *Sevilla.*
Las Palmas (Canarias)	J. Urquia.
Leon.	Minon Hermano.
Lerida.	J. Sol é hijo.
Linares.	R. Carrasco.
Logroño.	P. Brieba.
Lorca.	A. Gomez.
Lucena.	J. B. Cabeza.
Lugo.	Viuda de Pujol.
Mahon.	P. Vinent.
Málaga.	J. G Taboadela y F. de Moya
Manila (Filipinas).	A. Olona.
Mataró.	N. Clavell.
Mondoñedo.	Viuda de Delgado.
Montilla.	D, Santolalla.
Murcia.	T. Guerra y Herederos de Andrion.,
Ocaña.	V. Calvillo.
Orense.	J. Ramon Perez.
Orihuela.	J. Martinez Alvarez.
Osuna.	V. Montero.
Oviedo.	J. Martinez.
Palencia.	Hijos de Gutierrez.
Palma de Mallorca.	P. J. Gelabert,
Pamplona.	J. Rios Barrena.
Pontevedra.	J. Buceta Solla y Comp.
Priego (Cordoba.)	J. de la Gámara.
Puerto de Sta. Maria.	J. Valderrama.
Puerto-Rico	J. Mestre, de *Mayagüez.*
Requena.	C. Garcia.
Reus.	J. Prins.
Rioseco.	M. Prádanos.
Ronda.	Viuda de Gutierrez,
Salamanca.	R. Huebra.
San Fernando.	R. Martinez.
S. Ildefonso (La Granja)	R. J. Serna.
Sanlúcar.	J. de Oña.
San Sebastian	A. Garralda
S. Lorenzo. (Escorial.)	S. Herrero.
Santander.	C. Medina y F. Hernandez.
Santiago.	B. Escribano.
Segovia.	L. M. Salado.
Sevilla.	F. Alvarez y Comp.
Soria.	F. Perez Rioja.
Talavera de la Reina.	A. Sanchez de Castro.
Tarazona de Aragon.	P. Veraton.
Tarragona.	V Font.
Teruel.	T. Baquedano.
Toledo.	F. Hernandez.
Toro.	A. Rodriguez Tejedor.
Trujillo.	A. Herranz.
Tudela.	M. Izalzu
Tuy.	M. Martinez de la Cruz.
Ubeda.	T. Perez.
Valencia.	F. de P. Navarro.
Valladolid.	D. Jover.
Vich.	J. Soler.
Vigo.	M. Fernandez Dios.
Villanueva y Geltrú.	L. Creus.
Vitoria.	S. Hidalgo.
Zafra.	A. Ognet.
Zamora.	V. Fuertes.
Zaragoza.	L Ducassi y J. Comin y Compañia.

MADRID. Librerias de la *Viuda é hijos de Cuesta*, y de *Moya y Plaza*, calle de Carretas; de *A. Duran*, Carrera de San Gerónimo; de *L. Lopez*, calle del Cármen, y de *M. Escribano* calle del Príncipe.